

Motera Adolescente

*Romance Juvenil y Amor Verdadero
con el Motorista Canalla*

MARTA ESCUDERO



MOTERA ADOLESCENTE

*Romance Juvenil y Amor Verdadero con el Motorista
Canalla*



Por Marta Escudero

© Marta Escudero 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Marta Escudero.

Primera Edición.

Dedicado a;

Marta, por cuidar de mi hermano.

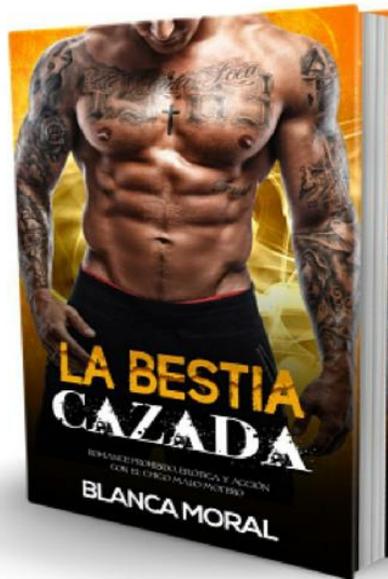
Mario, por inspirarme a ser más.

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click Aquí](#) <--

[La Bestia Cazada](#)

[Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero](#)



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a nuestro boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento*

GRATIS

Una potente motocicleta plateada se acerca a alta velocidad hacia la entrada del campus universitario. Justo antes de llegar al portón, frena bruscamente dejando las huellas de sus llantas impresas en el asfalto y despidiendo un intenso olor que es acompañado de un fuerte chirrido y de un rumor de exclamación de los jóvenes que van entrando en ese instante a la universidad.

El conductor, vestido con un pantalón de cuero y chaqueta negras y usando un casco del mismo color, que le cubre toda la cabeza, da un giro brusco de 180° y se dispara a toda velocidad en dirección opuesta, mientras todos quedan a la expectativa.

Cuando confirma que ha captado la atención de todos, hace una brusca aceleración y levanta la motocicleta haciéndola rodar varias decenas de metros sobre la rueda de atrás; en línea recta primero, en complicados giros después; arrancando gritos de exclamación del improvisado público.

Un nuevo frenazo, otro giro y se abalanza de nuevo hacia la entrada con otra pirueta que termina con un frenazo algo violento, pero muy bien calculado, frente a las puertas del campus, obteniendo el reconocimiento, a través de un estruendoso vitoreo, de todos los presentes. Todos detallan en su espalda la imagen de una calavera semejante a los símbolos utilizados en las antiguas banderas de barcos piratas.

Muchos ya conocen su significado y, por tanto, la identidad del conductor, pues estuvieron presentes el día de ayer, cuando se realizó la primera de estas acrobáticas demostraciones. Para el resto, aún es una incógnita; pero todos admiran su habilidad y audacia. Los vigilantes de la entrada no atinan que hacer sorprendidos, por segunda vez, por el espectáculo y por el masivo respaldo obtenido entre los presentes.

La motocicleta entra lentamente en el campus, mientras la multitud la sigue entre rumores y cotilleos de admiración y curiosidad. Los más enterados se regodean de poseer la información. Los otros especulan sobre la identidad del conductor. Algunos de ellos, los más detallistas, al ver de cerca las curvaturas del fuerte cuerpo, han deducido:

-¡Es una chica!

-¡No puedo creerlo!- exclama un muchacho.

-Esa chica debe ser nueva- dice otro muchacho.

-Se sorprenderán cuando descubran quién es ella- dice jactanciosa una de las presentes que ya está enterada. Mientras varios de sus compañeros de caminata la acosan a preguntas, ya la motocicleta se ha detenido. Todos se quedan observando a la admirada conductora mientras, se despoja de su casco y sacude su cabello mostrando una orgullosa sonrisa.

Una altisonante voz de chica se impone entre los rumores dejando tras de sí un silencio dramático.

-¡Es la Chica Calavera!

* * * *

Un vehículo cruza desde la avenida principal hacia la calle que conduce al conjunto residencial de modestos apartamentos. No es del tipo de coches sencillos, compactos y de varios años de uso que suelen transitar por estos predios.

Por el contrario, es un sedán muy amplio, moderno y de aspecto señorial. Se detiene frente a uno de los edificios. Baja del coche un hombre joven, con un elegante traje. Hace señas con sus manos alegremente hacia una ventana. En ella está un niño, de unos seis años, que le responde entusiasmado. El hombre le grita:

-¡Ven, hijo! ¡Baja para que veas nuestro nuevo coche!

El chico abre la boca a más no poder y se pierde de vista, para aparecer un instante después bajando las escaleras a toda carrera. El padre lo observa y ríe, mientras toca la bocina para entusiasmarlo más y para llamar la atención de su esposa; quien no ha caído en cuenta de la novedad y sólo atiende con cierta preocupación a la frenética carrera del chiquillo. El bocinazo llama su atención. El esposo la llama con las manos y le grita.

-¡Baja! Ven a ver lo que he traído.

Dos minutos más tarde, los tres están dentro del coche con las puertas abiertas tocando los cojines, botones y otros detalles; extasiados como

chiquillos que recibieran el juguete soñado.

-Es muy bonito, papá y huele muy bien- dice emocionado el niño.

-Huele a nuevo- le explica el papá sonriendo.

-¡Huele a felicidad! ¡Huele a progreso!- exclama la madre eufórica.

El hombre se muestra de pronto sombrío:

-Nuestra felicidad tiene el costo de la infelicidad de muchas familias.

-¡No empieces otra vez! ¡Es tu trabajo y lo has hecho bien! Y por eso te están pagando.

-Pero mi trabajo ha dejado en la calle a muchos inquilinos...-refuta en tono culpable.

-Allá ellos, si no pueden resolver sus problemas... ¡Nosotros estamos resolviendo los nuestros!

-¿Qué son inquilinos?- pregunta curioso el niño.

-Son las personas sin futuro...los que nunca se han preocupado de progresar, los conformistas... ¡los que nunca tendrán un coche como este!- le explica la madre, con cierta mordacidad hacia el padre; quien escucha en silencio. La madre concluye:

-Alex, nunca seas como ellos. Busca siempre tu progreso y deja atrás a los que no busquen el suyo

* * * *

La niña lleva un rato asomada a la ventana. Con su mirada busca impaciente algo en el horizonte. Los tonos verde de los campos cultivados hacen un paisaje hermoso a esa hora, pero eso no es lo que llama su atención. Al fin sonrío. Un pequeño cono amarillento y muy movedizo es la causa.

A semeja a un pequeño tornado inclinado que se va desplazando rápidamente entre las plantaciones. Al poco tiempo se puede notar que justo delante de ese vórtice de polvo se desplaza un pequeño camión que lo genera. Es el camión

de su padre que vuelve del campo. Baja a la cocina a ver la hora. Son menos de las tres. Su padre ha regresado temprano hoy.

A los pocos minutos, llega el camión y se estaciona frente a la casa cesando el estruendo de su motor y la columna de polvo que lo acompañaba. Baja del vehículo un hombre de mediana edad, de contextura bastante fuerte y gruesos bigotes. Entra a la casa y se dirige a la nevera a tomar agua. Su esposa lo ataja:

-Lávate las manos, por favor.

El hombre hace un gesto de desagrado, pero se dirige al baño. Al volver la mujer lo espera con un vaso de agua fría y una jarra con más agua y hielo.

-¿Qué ha pasado?- le pregunta.

-La bomba de riego se ha dañado de nuevo- responde el hombre, evidentemente contrariado.

-¿Podrás repararla?

-Ahora mismo voy a averiguarlo.

-Deberías comer primero...- sugiere ella.

-Lo haré después- responde con sequedad.

Toma una pesada caja de herramientas y sale al frente de la casa. Allí, a la sombra de un árbol esta una rústica mesa de metal, donde coloca la caja. Se acerca al camión y saca de la parte trasera un motor de mediano tamaño que lleva a la mesa. Abre la caja y saca algunas herramientas. De pronto se detiene.

La niña que ha visto todo desde su ventana expectante, se muerde los labios de emoción. El hombre se devuelve a la casa y sale al instante con un pequeño aparato en su mano. La niña está sumamente emocionada. Se bambolea rítmicamente de un lado a otro, como si bailara un vals. El padre enciende el aparato del que salen alegres notas musicales.

La niña permanece en la ventana, extasiada con la música, mientras mira con complicidad a su padre que, ahora de mejor humor, acomete la tarea de reparar la bomba dañada. El padre percibe la presencia de la niña. Le sonrío y vuelve de inmediato a su labor.

Después de un buen rato de trabajo mecánico y música, el llanto de un bebé

llena el ambiente de la casa. Clara interrumpe su deleite musical y sale apresurada a atender a su hermanito. Ha despertado con hambre. Ella debe entretenerlo mientras su madre alista su biberón.

* * * *

Clara despierta con el ladrido de los perros. Al principio son un ruido lejano. Luego se escuchan más cercanos y se entremezclan con el inconfundible bramido del pequeño camión. Ella se sienta en la cama nerviosa. Si es tan tarde como supone, habrá una discusión entre sus padres esta noche... nuevamente.

Cuando siente el coche detenerse, la niña sale sigilosa al pasillo y se asoma a la escalera para observar desde arriba la llegada de su padre. Su madre está sentada en aquella mecedora que ha colocado enfrente de la puerta. Se le nota molesta.

Entra el hombre con gestos torpes y paso tambaleante, producto del licor consumido. La brisa que entra a la casa hace llegar hasta Clara aquella mezcla de olores a tabaco, licor y perfumes de mujer que su madre tanto odia.

-¿Qué horas son estas de llegar? ¿De dónde vienes? ¿Dónde andabas?

-Déjame en paz mujer- responde mostrando poco interés.

-No tengo que preguntarlo. ¡Tu aspecto te delata!

-¡Deja ya de molestarme! ...Voy a dormir...

-¡En mi cama no vas a dormir después de revolcarte en esos lupanares!- alza la voz indignada la mujer.

-¡Vaya si eres molesta! Calla de una vez y vete a dormir. Yo me quedare en el sofá.

-¡Vives en las tentaciones del demonio y traes esas tentaciones en tu cuerpo aquí a la sagrada casa de tu familia!- sermonea en voz muy alta, la mujer.

-¡Vete a dormir!- grita él furioso, al tiempo que toma una silla y la estrella contra el suelo.

La niña se asusta y se va corriendo a su cuarto. La mujer se asusta y empieza a subir las escaleras, pero no calla:-

-¡Adúltero! ¡Lujurioso! ¡Promiscuo!- le grita repetidas veces en su huida.

Unos minutos después, metida de pies y cabeza bajo sus sábanas, Clara escucha a su padre roncar ruidosamente en el piso de abajo y a su madre sollozar en la habitación contigua. La niña tiembla y repite:

¡Promiscuo! ¡Promiscuo!

* * * *

Alex se siente incómodo por tanto cuidado que le prodiga su madre, a su peinado y ropa.

El día que llegaron a esta nueva casa, su madre le dijo que harían una fiesta para celebrarlo. No imaginó entonces que sería una aburrida reunión de señores y señoras a los que había que saludar con una sonrisa, mientras ellos hablan todo el día de negocios y ellas de moda.

Sentía un terrible aburrimiento. Se escapó un rato a su habitación. Desde allí, escuchó el claxon de un coche, que le resultó familiar. Era un señor amigo de su padre, que venía con su familia. Solía visitarlos. Tenía dos hijos... ¡al fin podría jugar!

* * * *

Un rato después, los tres niños correteaban tras una pelota de fútbol. La madre de Alex, al darse cuenta, con una fingida sonrisa en su rostro, le dijo:

-¡Alex: me guardas esa pelota de inmediato!

-Mamá...sólo estamos jugando fútbol...

- ¡No me repliques!

-Cuando voy con papá a la casa de mis amigos, todos jugamos futbol- insiste el muchacho

La madre exclama con mirada de furia y falsa sonrisa:

-Te estás sudando, arrugando y ensuciando toda la ropa nueva...

- Esta bien, mamá. Me la cambiaré y bajaré a jugar.

-¡No! ¡Guarda esa pelota ya! -lo detiene la madre, en un tono al borde de la exasperación- ¡Ve a sentarte con estos muchachitos en la sala a ver si los enseñas a comportarse!

Se retiran los tres chicos desanimados a la habitación de Alex. Los chicos le expresan su admiración por lo grande y lujosa.

-Tengo aquí un escritorio para las labores escolares,- presume él – y un televisor, y un reproductor de videos.

-¡Guao! Y nosotros peleamos todo el día por el control del único televisor- dice el mayor de los hermanos.

Los tres chicos se ríen a carcajadas.

El más pequeño se queda boquiabierto, frente a otro escritorio ocupado por aparatos:

-¿Tienes una computadora en tu cuarto?

-Así es- responde orgulloso.

-Como la que tiene papá en su oficina- añade el otro muchacho.

-Aún mejor- explica Alex sin controlar su arrogancia.

Tocan a la puerta del cuarto.

Alex abre. Es el papá de sus amigos que les dice con sequedad:

-Nos vamos.

-Papá... ¿tan pronto?

-Bajen.- dice en voz baja pero visiblemente molesto.

-Nos vamos, Alex.

-Está bien. Ojalá nos veamos pronto- responde el muchacho.

-Si. Quizás vengamos pronto y nos muestras la computadora- responde el menor de los hermanos.

-No. Mejor es que yo vaya a la casa de ustedes. Allá si podremos jugar futbol.

-¡Chicos!- llama el padre impaciente, y los niños salen en carrera.

* * * *

Cuando ya se han retirado, Alex sale, un poco desanimado, de su habitación, tropezando con sus padres que discuten en voz baja en el pasillo, mientras abajo la fiesta continúa. Sólo alcanza a escuchar a su padre reprocharle:

-Son nuestros amigos desde hace mucho...y te portaste realmente descortés.

A lo que ella replicó con soberbia:

-¡Esa es el tipo de gente, con la cual ya no podemos estar ligados!

* * * *

Los primeros rayos del sol habían entrado hace un rato por la ventana de su habitación. Se quedó acostada esperando que su madre fuera a despertarla. Al pasar un rato, decidió levantarse, temiendo que se hiciera tarde para la escuela.

Se lavó la cara, cepilló sus dientes, vistió y peinó, extrañando que su madre no subía y ni siquiera la había llamado. Eso nunca había pasado. Se preocupó que estuviera enferma. A pesar de esas dudas, no se atrevió a bajar sin estar uniformada y acicalada. Unos minutos más tarde consiguió a su madre en la cocina:

-Buenos días, mamá. Bendición.

La madre le respondió haciendo la señal de la cruz con un gesto de la mano. Su madre había servido un plato de avena para el desayuno. La niña se sentó

en silencio y se tomó su desayuno. Pudo apreciar el aspecto demacrado de su madre.

Evidentemente no había dormido en toda la noche. Tenía unas sombras oscuras bajo sus ojos; y estos además estaban hinchados. Su cabello se salía desordenadamente en mechones desde lo que había sido un ordenado moño. Usaba la misma ropa desde ayer en la mañana.

Clara subió a su cuarto y revisó su bulto escolar, confirmando que todo estaba en orden. Lo cerró y se dispuso a salir. Pasó por la cocina y observó de nuevo a su entristecida madre con los brazos cruzados apoyados en la mesa de la cocina y su cabeza apoyada sobre estos. Aunque sabía que se molestaría mucho, no pudo evitar preguntarle:

-Mamá ¿Dónde está papá?

La mujer miró con furia a la niña, sus ojos se llenaron de lágrimas a punto de desbordarse y sus labios temblaron. Suspiró profundamente para responder con sequedad:

¡No está!- luego, sin poder evitar que su voz se quebrara, sentenció:

-¡Ni estará nunca más!

-¿Nunca más...?- preguntó la niña en voz muy baja.

La voz de la madre se cargó de rencor.

-¡El pecado se lo ha llevado!

* * * *

Ese día en la escuela, Clara estuvo más aislada que de costumbre. Ni siquiera jugó con las únicas dos niñas que trataba. Se vino caminando muy lentamente. En realidad, no quería llegar a su casa y conseguir a su mamá triste y furiosa; y confirmar que su padre nunca más volvería.

Después de arrastrar con lentitud sus pasos por el terroso camino un buen rato, llegó a casa. Su madre estaba barriendo el frente, cuando la niña aún estaba a unos metros, le ordenó:

-Cámbiate y báñate pronto. Luego bañas al bebé, mientras yo preparo la cena.

Clara asintió con la cabeza, y apresuró su paso.

Esa noche le costó mucho dormir. A oscuras en su cuarto, escondida entre sus sábanas, repetía sin cesar con los puños apretados de rabia:

-¡Promiscuo! ¡Promiscuo!

* * * *

La mujer viene caminando bajo el intenso sol. Sus zapatos y sus pies comparten el color amarillento del camino. Su vestido muestra varias sombras oscurecidas del copioso sudor causado por el ardiente sol y el esfuerzo de la caminata.

Trae en cada mano una bolsa de lona. La chica la mira desde la ventana de la cocina. Así, a la distancia, siente ternura y admiración por ella. Por todo el esfuerzo y dedicación, para con su familia. Clara vuelva a las labores de la cocina sabiendo que cuando llegue su madre malhumorada, hará desaparecer cualquier emoción dulce.

En efecto, apenas abre la puerta, gruñe:

-¿La comida está lista?

-Así es, madre. Y las habitaciones están limpias y ordenadas.

La señora extrae de ambas bolsas víveres que ha comprado en el mercado. No obtuvo gran cosa con el dinero que llevó. Cada empaque extraído viene acompañado de lamentaciones:

-¿Cómo será posible, Dios santo, que después de ser nosotros quienes vendíamos nuestras cosechas...ahora debemos discutir y rogar a cualquier comerciante, para comprar algo de comer?

Clara apaga la cocina. Todo está listo. Dispone lo adquirido en la alacena, que está casi completamente vacía. Su madre sigue en su incesante lamento. La muchacha trata de ignorarla, pero ahora su madre se dirige a ella:

-¡Tú no puedes pasar por esto! No seas tonta ¡tienes que estudiar! Tienes que

ser un gran médico, para que no tengas una vida desgraciada como la mía.

* * * *

Clara conoce el discurso, y le incomoda. Levanta el rostro hacia su madre, pero realmente no está mirándola. No quiere escucharla. Retirarse sería una falta de respeto que traería una severa represalia, así que su cuerpo queda allí, pero su mente se evade a cualquier recuerdo donde las palabras de su madre no tengan efecto. Mientras, prosigue el ritual de quejas:

-No dependas de un hombre que te mantenga ¡No lo hagas! Te querrá gobernar. ¡Te someterá a la vergüenza y a su lujuria! No entregues tu vida a un hombre, para que después de abandone como un trasto viejo.

La señora atormentada por sus recuerdos y frustraciones, acicateadas por sus propias palabras, se retira a su habitación, con los ojos rebosados en lágrimas a punto de derramarse. Clara suspira profundamente. Ha perdido el apetito. Se retira a su cuarto y cierra la puerta con llave. Saca de debajo de su cama una caja de zapatos.

En ella, oculta bajo unas telas, está aquel aparato musical que heredó secretamente de su padre. Tiene sólo tres cintas, con varias canciones cada una de ellas; canciones que ha escuchado y cantado, cada una mil veces. Coloca uno de ellos y lo escucha en volumen muy bajo; mientras canta casi inaudiblemente acompañando a los intérpretes.

* * * *

Clara se encierra en el baño y abre el chorro. Enciende aquel pequeño reproductor de cintas musicales que ya considera suyo. Se deleita con cualquier pieza que halla en alguna de las únicas tres cintas. Este momento diario de ducharse y escuchar en secreto una, apenas una de las canciones que ya sabía de memoria, era su único instante de liberad, de intimidad relajada.

Clara lo disfrutaba con emoción, aunque sólo durara unos pocos minutos. En el pasillo, su hermanito juega con un avión de papel que lanza por la escaleras; bajando a recuperarlo en silencio para que su madre no se moleste. Clara sale del baño, con la radio ya apagada envuelta entre toallas y ropas, justo cuando su madre los llama a comer. Clara se apresura a esconder la radio en una caja debajo de la cama, y se viste de prima.

Ambos niños bajan a la cocina. Se sientan a la mesa, rezan y empiezan a comer sin decir otra palabra y sin levantar la mirada de su plato. Al finalizar, Clara lava la vajilla. La madre los llama a ver televisión. Selecciona un programa musical.

Después de dos piezas musicales, aparece en pantalla la presentadora del programa, haciendo unos comentarios. La mujer luce un vestido con un escote que muestra parte de la pronunciada curvatura de sus senos. La madre se incomoda ante lo que considera ofensivo.

-¡Qué inmoralidad!- refunfuña, mientras apaga el receptor de televisión. Clara y su hermanito bajan la cabeza. La señora se calma, se alisa el vestido con las manos y enciende el televisor nuevamente; cambiando de inmediato el canal, hasta que consigue un documental de aves e insectos. Lo deja allí. Al cumplirse una hora, les ordena:

-Clara, Elías: ¡A dormir!

Poco después, en su habitación, Clara arrodillada, culmina su oración diaria. Luego se acuesta.

* * * *

El tren surcaba los últimos kilómetros antes de la llegada a su destino. Se notaba la proximidad de la ciudad, pues ya no gobernaban el paisaje los cultivos y plantaciones, sino que se encontraban muchas más viviendas y pequeños galpones. En el horizonte del atardecer se podían observar a lo lejos la imagen de las altas edificaciones de la ciudad.

El muchacho estaba sentado en su asiento, con una pequeña mochila sobre sus piernas. Sus ojos estaban cerrados, pero no dormía. A sus oídos llegaba, a

través de un cable blanco, la música emitida por un pequeño aparato que estaba en su bolsillo. Aunque la melodía que escuchaba era bastante alegre e intensa, su rostro reflejaba serenidad. Había pasado más de tres semanas con sus abuelos paternos en el campo.

Si bien ocasionalmente ellos habían visitado, con estancias breves, su casa en la ciudad, hacía muchos años que no compartía con ellos, la sencilla y dura vida del campo. Este reencuentro le resultó gratificante. Los viejos lo recibieron con el cariño de siempre y el chico estuvo toda la temporada sirviendo de ayudante de su abuelo en la atención de los animales de granja, reparaciones de establos y cercados, supervisión de cosechas y hasta en las compras en el pueblo. Fueron grandes compañeros y mejores amigos.

Antes de salir a trabajar y cada vez que llegaban de sus faenas, la abuela los esperaba con alguno de sus exquisitos platillos y con una jarra de deliciosos y refrescantes jugos de frutas. El abuelo era un hombre de pocas palabras. La abuela por el contrario era muy conversadora y también muy perspicaz.

Notando como el muchacho había llegado con ropas y accesorios de alto costo, dedicó unos buenos ratos, entre fábulas y anécdotas, tratando de reivindicar ante el niño los más profundos valores humanos, preocupada que la banalidad se sembrara en su carácter, como percibía que lo estaba haciendo en su propia hija, la madre del chico. Siempre cerraba sus amenas narraciones con la frase: “Nunca te deslumbres por oro ni por palabras bonitas, lo único que vale de verdad es lo que está en el corazón de cada persona”

* * * *

Al llegar el tren a la estación, Alex estaba un poco ansioso de ver a su madre, pues el motivo de tan larga y agradable estadía en el campo fue una operación quirúrgica que debió realizarse su madre, al parecer con cierto carácter de emergencia. Aún no se detiene plenamente el tren cuando Alex salta ágilmente al andén ante la mirada desaprobadora del personal de la Estación. Ha visto a su padre algunas decenas de metros más allá.

Luce orgulloso y hasta un poco engreído. Pocos instantes después entiende la razón. Al lado de él está una mujer hermosa de cabello ondulado, con un traje

de amplio escote y ceñido al cuerpo que muestra sin mucha discreción buena parte de sus enormes y redondísimos senos, un abdomen plano como el de una deportista bien entrenada, una cintura afinada y unos glúteos amplios y turgentes.

Continúa acercándose para descubrir que, debajo de las cejas dibujadas perfectamente y de los labios abultados, detrás de todas esas redondeces, está su madre; más engreída aún que su esposo.

* * * *

En la esquina menos iluminada de la habitación estaban instaladas tres jaulas no muy grandes. Fueron construidas originalmente para pequeñas aves como canarios o periquitos o quizás mascotas más grandes, como conejillos de indias.

Clara las había modificado, tejiendo en su interior laboriosamente una malla metálica fuerte y delgada para hacer los espacios entre el metal mucho más pequeños, y así evitar cualquier fuga, de sus inquietos habitantes.

Lo que eran comúnmente movimientos esporádicos y sigilosos, se transformaban en un trepidante rebullicio de pieles rosadas, ojos rojos y pelos blancos, al acercarse la chica a ese extremo de la habitación. Ella conocía del efecto que causaba su presencia, así que cuando pensaba estar cerca de ellos colocaba una suave música en el grabador que heredó de su padre y comenzaba a hablarles en tono amable y voz baja a la distancia.

El truco funcionaba, pues al cabo de unos instantes los movimientos disminuían su intensidad y los inquietos animalitos se encaramaban amablemente unos sobre otros con sus narices y bigotes en alto husmeando en el aire curiosamente.

La chica tomó un cuaderno y un lápiz que tenía en su peinadora. Revisó por un par de minutos el contenido del cuaderno, escrito de su puño y letra. Se quedó pensando un tanto en lo que leía golpeteando su frente con el borrador de goma que estaba al final del lápiz de grafito que llevaba en su mano derecha. Al fin, se mostró decidida.

Extrajo una caja de zapatos de debajo de su peinadora la colocó sobre su cama y fue extrayendo varias cosas de ella que colocó ordenadamente, una al lado de la otra, sobre la cama. Había un grueso guante una ampolleta muy delgada de las usadas para insulina unas pequeñas gafas y varios frascos. Uno de ellos identificado con “alcohol isopropílico” los otros tenían inscripciones a mano refiriendo Nicotina y una relación de concentración variable en cada uno de ellos.

Mientras realizaba todo esto meticulosamente, canturreaban canciones de cuna que parecían gustar a los ratones de laboratorio que se mostraban cada vez menos intranquilos. Se quitó el saco de cuadros que llevaba y tomó una peineta, con la que recogió en un moño alto su largo y no muy bien cuidado cabello. Mientras se colocaba el guante y llenaba de contenido la jeringa, iba conversando con cada uno de los ratones.

Cada uno de ellos llevaba unas marcas en las oreja para ser identificados, pero Clara ya no tenía que mirarlas si quiera es tal la empatía que sentía por ellos que los conocía individualmente por pequeños detalles de su aspecto y de su conducta. A cada uno de ellos, le había dado un nombre propio. Pedro, Rosa, Luis, etc.

Ni siquiera se permitía colocarles apodos o remoquetes aunque cariñosamente se refería a alguno de ellos como “orejón” o “colilargo”. Esto no era difícil, pues sólo con ellos conversaba abierta y animadamente. Con ellos se sentía en confianza pues nunca criticaban su sobrepeso ni se mofaban de su cabello enredado ni de sus pecas. Ellos siempre la recibían atentos aun cuando se pusieran un poco nerviosos.

Y aunque se molestaran bastante al ser inyectados e intentaran repetidamente morderla, no guardaban rencor hacia ella, porque comprendían que era algo que Clara no realizaba por maldad. Además con solo hablarles o cantarles se ponían de buen humor y no como ocurría con su madre que podía pasar semanas rumiando y quejándose de cualquier cosa que le molestase, ni como su hermano que se encerraba en su cuarto y no le dirigía la palabra a nadie.

La presencia de los ratones la animaba un poco diariamente, pero no lograba alejar su tristeza. No podía hacerlo, pues era claro que la mayoría de ellos moriría por la toxicidad de la nicotina.

Ese era su proyecto de finalización de la secundaria y había realizado un gran esfuerzo de investigación para diseñar adecuadamente el experimento, de eso

no tenía nada que quejarse; pero sentía mucha nostalgia pues cada ratoncito que fallece es no solo un dato de su investigación, sino uno de sus escasos amigos que desaparece para siempre.

* * * *

El escenario está repleto de personas de todas las edades. Se pueden observar algunos elegantes hombres maduros, señores de cabello canoso unos, otros de reluciente calva, acompañados de damas con trajes fastuosos.

Se observan jóvenes en trajes formales, algunos de ellos de peinados un poco extravagantes. Por todas las escaleras hay niñas y niños, vestidos como adultos, correteando de aquí para allá. Todos sonríen alegremente en aquel ambiente festivo.

Se apagan las luces y queda todo en una agradable penumbra. Se encienden las luces principales que enfocan sobre el centro del escenario. Sobre aquel hermoso entablado aparece una chica elegantemente vestida y discretamente maquillada. Su rostro dibuja una amplia sonrisa de satisfacción. Su cuerpo muestra elegancia, y seguridad su caminar pausado y firme.

Cuando la chica estira con expresivamente sus brazos y las notas más hermosas comienzan a salir de su boca, el público estalla en aplausos. Ella sigue cantando, moviéndose por el entablado con tanta armonía que parece flotar. Todo el auditorio está extasiado y la cantante no para de sonreír de regocijo. Culmina su primera pieza y el público se levanta emocionado aplaudiendo y coreando su nombre:

-¡Clara! ¡Clara!

* * * *

Ella abre sus brazos satisfecha e inclina su tronco completamente en aquel

clásico gesto de agradecimiento de los artistas. Suspira profundamente, mirando hacia el suelo y se levanta con ánimo a interpretar su segunda melodía, segura de obtener nuevas y mayores ovaciones del entusiasmado público.

Ocurre algo inesperado: su vestido se ha desajustado y al levantarse se ha abierto un imprevisto escote que muestra al público su pecho descubierto y parte de sus senos. Clara queda enmudecida. Se siente terriblemente avergonzada.

Trata, en medio de un ataque de nervios, de corregir el defecto del vestido sin lograrlo. Mira angustiada al público y consigue en todos ellos el rostro severo y desaprobador de su madre. Su angustia crece. Todo el público, con cientos de rostros de su madre, le grita reprochando:

-¡Promiscua! ¡Promiscua!

Está aterrada. Lloro. Intenta gritar, pero ningún sonido sale de su boca.

Se despierta, en su cama, sudorosa y agitada. Ahora si puede llorar y gemir. Lo hace en voz muy baja.

* * * *

Clara estuvo tentada varias veces a quitarse ese vestido, pero en definitiva nunca tuvo el valor. Este vestido era un regalo de su padre, pero lo había escogido su madre, como todas las otras cosas de su vida.

Esta vez por ser una ocasión tan importante y en la que ella se sentía crecer pensó que hacerle algunos comentarios a su madre sobre sus preferencias lograría que las considerara, pero por el contrario logró enojarla. Quizás por eso escogió todo lo contrario de lo que la chica aspiraba. Aunque no era propiamente alta, a sus diecisiete años tenía una buena estatura y una contextura más bien algo gruesa.

Así pues, ese vestido de tela estampada de flores rosas y con un gran lazo en la espalda, correspondería a una niña de cuatro o cinco años, pero no a una muchacha como ella.

Después de quince o veinte minutos de llantos y gemidos en muy baja voz, se resignó. Se fue a lavar la cara y se arregló su peinado. Decidió que la contrariedad de este traje, que la hacía lucir como una enorme muñeca de trapo, no podía ser suficiente para arruinar su graduación de secundaria.

Una hora y media después entraban Clara, en su vestido de flores rosadas, acompañada de su madre, al auditorio de la Escuela. Ya estaba repleto de personas, pues los jóvenes solían asistir con buena parte de su familia. Tal abundancia de personas incomodó aún más a Clara, que no disfrutaba del contacto con la gente y menos aún ataviada de una manera que la hacía sentir ridícula.

Mientras su madre se empinaba sobre la punta de sus pies tratando de mirar por sobre las cabezas de los presentes para buscar un sitio, Clara se deslizó entre el tumulto y escogió uno no muy vistoso en una esquina.

Le hizo una seña a su madre y se sentó reservándole una silla a su lado. A la señora no pareció gustarle la actitud decidida de la muchacha, pero no logró que volviera a mirarla y no pudo hacer otra cosa que seguir las indicaciones de su hija y ocupar el asiento reservado.

Cuando ya la ceremonia estaba en marcha pudo distinguir la silueta de su padre que le hacía señas con las manos desde el otro extremo del auditorio, donde se encontraba parado. La muchacha sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Hacia mucho que no le veía y ya había dado por sentado que no asistiría. Lo perdió de vista al poco tiempo, para sentir a los minutos que le revolvían los cabellos como cuando era una niña. Su padre estaba a su lado. Ignorando las murmuraciones y gruñidos de su madre, intercambiaron en silencio una sonrisa de felicidad.

Su madre está molesta mirando al suelo y revisando con aire descuidado la orilla de su vestido. Se le nota molesta. Su padre coloca orgullosamente una mano sobre su hombro y toda la incomodidad, que la chica sentía, desaparece. Se siente segura y protegida.

Las dos mujeres caminaron de prisa al bajar del ómnibus en dirección a la

Universidad. La mujer madura llevaba un paso presuroso pero aplomado que denotaba la seguridad que tenía en sí misma y la certeza de lo que se disponía realizar.

La joven, por el contrario lucía atemorizada y mientras más se acercaba al portón de acceso al campus universitario sus pasos parecían costarle más y su rostro reflejaba más dramáticamente su sensación de incertidumbre.

-¡Apúrate niña! No debemos llegar tarde- instó la madre; logrando así que la joven apresurara el paso y cambiara su actitud escéptica por una más bien resignada.

* * * *

Sin duda que el ingresar a un ambiente nuevo intimidaba mucho a Clara; no por las dificultades que pudieran deparar las exigencias académicas, sino por la dificultad en relacionarse con las personas en un medio tan concurrido y de gentes de costumbres tan distintas a las suyas. Toda esa incomodidad se agravaba con la actitud extremadamente sobreprotectora de su madre; que resolvía y respondía todo por ella, sin siquiera consultarle.

Sólo después que estuvieron frente al aula de su primera clase y le hubo arreglado el cuello y las mangas de su blusa, y alisado el cabello, la madre aceptó retirarse de las puertas del aula.

Las risitas burlonas de varios estudiantes ante la escena parecían estimularla a dedicarse aún más a la tarea de tratarla como un infante que inicia el preescolar. Todo ello la hacía sentir más insegura, más aún avergonzada. La madre se retiró cuando todos los estudiantes debidamente sentados y el profesor daban inicio a sus labores.

* * * *

Los siguientes días fueron en ese aspecto bastante hostiles. Se sentía juzgada

por cada grupo de estudiantes reunidos. Se sentía criticada por cada mirada. Cada risa escuchada era para ella una confirmación de una nueva burla. Se encerró en sí misma y en el contenido de sus estudios aspirando que al pasar de los días todos optaran por ignorarla perdiendo el interés en ella y sus vicisitudes familiares como tema de sus burlas y cotilleos.

No prestó atención a casi ninguna de las personas que vio en esos primeros días. De todas, sólo recordaba a aquella chica pecosa y pelirroja que había estudiado en la misma escuela secundaria. Era parte de aquel grupo de chicas pesadas; así que compartir el campus con ella no era un alivio, sino un motivo más de desazón. Donde la veía la evitaba.

Pasadas ya algunas semanas logra, en buena medida su propósito de ser ignorada por la mayoría; lo que le permite dedicarse a sus clases y descubrir que la Medicina tiene muchas cosas de su agrado. Además que siempre le ha agradado estudiar y aprender.

El único sitio del recinto universitario al que evita acercarse es la cafetería. Una sola vez lo hizo y sintió una gran angustia ante las miradas de los presentes en las que sólo conseguía juicios y burlas. Salió de inmediato con los ojos a punto de desbordar lágrimas. Desde ese día se ubicó en una lejana banca que quedaba en un rincón adyacente al cafetín que nadie o casi nadie usaba. Era una ubicación perfecta por la soledad y el aislamiento.

Podía desde allí, divisar el estacionamiento principal y la puerta de la cafetería y algunos pasillos a bastante distancia. Allí se sentía más tranquila, aunque este ambiente seguía inquietándole; no solamente por las actitudes hacia ellas sino por el actuar relajado de muchos jóvenes.

Ver a chicos y chicas luciendo ropajes atrevidos, tratarse a gritos, retozos y empujones, saludarse cotidianamente con besos y abrazos, la aturdía e incomodaba. Por no hablar de la vergüenza que sentía cuando miraba a lo lejos a alguna pareja besándose apasionadamente en los labios frente a todos, sin el menor recato. Bajaba la mirada y repetía entre dientes:

-Promiscuos. Promiscuos.

* * * *

Los ambientes deportivos siempre le han resultado particularmente molestos. Pensaba que eso de recibir clases en alguna cancha se había quedado atrás, al terminar la Secundaria. Por tanto, resultó ingratamente sorprendida cuando se enteró que los programas académicos de primero y segundo años incluían asignaturas de educación física.

Clara usaba un pantalón deportivo hasta los tobillos y una franela blanca muy grande, que solía utilizar en la Escuela. Estar con tan poca ropa la hacía sentir ridícula y avergonzada. Este sentimiento se incrementaba al contrastar su inhibición con el desparpajo con que muchas chicas mostraban la totalidad de sus piernas, e incluso lucían las formas de sus senos, sus traseros y sus partes íntimas, bajo ropajes traslúcidos o demasiado ajustados. Mientras más exhibicionistas eran aquellas chicas, más inhibidas y avergonzadas se sentía la muchacha.

Se inició la sesión con unos ejercicios de estiramiento. Esto la relajó un poco, pues se asemejaban a los calentamientos para el escenario de artista, que ella soñaba cuando niña ser. Luego vendrían los saltos y piruetas de gimnasia, y posteriormente los juegos con pelotas. No le molestaba la exigencia física, que no resultaba demasiado para una chica como ella acostumbrada a ciertas faenas fuertes e intensas del campo; pero temía enormemente, su impericia y lo poco pudoroso de algunos movimientos. Eso la hacía sentir ridícula y vulnerable a todas las burlas.

En la cancha de al lado, bajo el mismo techo, estaba un grupo de estudiantes de ingeniería entrenando baloncesto. Sentada en el suelo, en medio de sus estiramientos, no pudo evitar que su mirada se centrara en aquel chico. Era alto y guapo. Su cuerpo era fuerte y varonil. Al mirarlo no podía evitar recordar la resolución de su padre cuando realizaba labores con las maquinarias agrícolas o cuando reparaba sus motores.

Su porte, sus gestos todo él, transmitía seguridad y confianza. A la distancia lo había observado varias veces, y sin haber nunca cruzado palabra con él, tenía la convicción que era de ese tipo de personas que siempre sabe qué hacer, sin importar lo complejo de la situación que se le presente. Nada le resultaba demasiado difícil ni demasiado pesado.

Con el silbato, su profesora indicó el inicio de los ejercicios e gimnasia. Clara se colocó de última en la fila. Cada vez que llegaba alguna de las chicas de

los ejercicios para hacer la fila nuevamente, ella le cedía el turno y se quedaba de última, sin avanzar nunca. En la otra cancha inicio un juego de práctica entre los mismos chicos.

Allí también destacaba el chico guapo en habilidades y destrezas. En su equipo había un chico grande y obeso, que se movía con lentitud y mostraba muy poca habilidad. Su torpeza hizo que fueran aventajados por los contrarios que empezaron a mofarse de la inhabilidad del gran obeso y de su impacto en los malos resultados del equipo de Alex. El enorme chico se mostraba confundido y avergonzado, haciéndose menos participativo aún.

Dejó pasar un pase que le realizaron. Todos se rieron burlescamente. Alex se molestó y le gritó:

-¡Despierta torpe! ¡Perdemos por tu culpa!

-No juego muy bien- se excusó tímidamente el grandullón, mirando avergonzado hacia el suelo.

-¿Cómo vas a jugar?... ¡pareces una morsa enorme!- refutó hiriente Alex.

Todos rieron. El chico quedó paralizado y ruborizado en medio de la cancha. Algunas chicas de gimnasia voltearon a ver la discusión entre las baloncestistas.

Clara miraba absorta el debate de los chicos. En un momento, se sentía ruin y avergonzada como el obeso, para un instante después admirar la resolución del chico guapo. El juego continuó. El oso grandullón quedó en la cancha en medio de la acción, pero no se movió más. En la siguiente jugada, el balón lo tropezó y ni siquiera se inmutó.

Alex y dos muchachos más de su equipo gritaron ofuscados, por tal actitud. Corrieron hacia el peso, lo empujaron y derribaron. El chico se enroló en posición fetal asustado. A empujones le amarraron las manos y los pies con las trenzas de sus propios zapatos. El chico permitió todo sumiso. Sus únicos gestos de defensa eran emitir agudos y breves chillidos y esconder su cara llorosa.

Los muchachos y algunas de las muchachas de gimnasia le rodearon gritando a coro:

-¡Morsa! ¡Morsa! ¡Morsa!

Un silbato estremeció las canchas. El profesor de baloncesto se aproximaba y todos corrieron en cualquier dirección. Sólo el grandullón humillado quedó tendido en el suelo. A lo lejos Clara observaba todo, sentada en un rincón.

* * * *

El silencio de la noche se rompe con el ronronear de varios motores. Transitaban una docena de motocicletas por la avenida comercial a baja velocidad. Hombres y mujeres jóvenes con botas y chamarras de cueros de distintos estilos las cabalgaban en parejas. Todos hablaban al mismo tiempo, haciéndose señas de unas motos a otras.

Aunque están evidentemente bajo efectos del alcohol, no gritan. Se detienen al final de la avenida donde empieza la amplia carretera que lleva a las zonas rurales. Un hombre de cabello largo y enroscado y enormes mostachos, mueve su moto y la coloca frente a todos. Pone las pautas del evento que está a punto de acontecer:

-Esta será la partida. Deben salir de aquí llegar a la segunda curva donde está la señalización de velocidad máxima, y volver-señala con su dedo índice un amplio portón que queda detrás del resto de los jóvenes y aclara -La llegada será allí. El que quede a menos distancia del portón gana.

-Si queda vivo aclara uno jocosamente.

Todos ríen, menos los dos competidores que se empiezan a alinear donde el hombre ha marcado la salida.

Aquella hermosa rubia de cabellos lisos y figura hermosa se baja de una moto y se coloca entre los dos competidores. Hace una sexy maniobra y saca su sujetador por debajo de su franela.

-Yo daré la partida- dice ondeando su prenda íntima como banderín.

El hombre del mostacho precisa:

-¿Está claro para ambos que se está apostando la propiedad de la motocicleta?

Ambos afirman de viva voz.

La chica del banderín alza la mano pidiendo la palabra:

-Habla, Claudette- autoriza el hombre del mostacho.

-Debe quedar claro también que se puede cambiar la apuesta por una penitencia; siempre y cuando sea aceptada por el ganador y decidida por este tribunal.

Todos vitorean las palabras de la chica. El hombre del mostacho que reía, asume una pose seria y dice:

-Basta de preliminares ¡a correr!

La chica se coloca en posición con su particular banderín en su mano derecha. Las potentes motos de los competidores rugen con fuerza. Los asistentes silban gritan, aplauden y hacen rugir sus propias motocicletas. La hermosa rubia sacude insinuantemente su bello y esbelto cuerpo y deja caer su mano con el rosado sujetador. Las llantas de las motos parecen arañar el asfalto por unos segundos, hasta salir despedidas a toda velocidad.

La motocicleta azul del chico de cabellos coloridos toma la delantera por unos metros y alcanza la segunda curva señalada, en el primer lugar. Empezando a tomar la curva voltea a ver a su adversario, riéndose burlonamente; engreído por su ventaja, que considera insuperable.

Cuando ya está su moto enfilándose al retorno observa como Alex en su negra motocicleta, que apenas acaba de llegar a la curva, hace una espectacular maniobra apoyando su pie izquierdo en el asfalto y levantando la pesada máquina que da un giro de 180 grados en el aire y toca el asfalto de nuevo de cara hacia la meta final, saliendo, de inmediato, disparada a toda velocidad.

El público que espera rompe al silencio que provocó tan arriesgada maniobra con aplausos y silbidos, mientras Alex se dirige a toda velocidad hacia la meta, ahora en la delantera, seguido por el ansioso joven en su moto azul que disminuye progresivamente la distancia entre los dos vehículos. Cuando están a escasos cien metros y Alex lleva una ventaja de media máquina, la motocicleta del otro chico toma un pequeño bache que le hace perder ligeramente el control, tropezando la rueda de atrás de su oponente.

Alex comprende rápidamente, que de mantenerse allí el chico terminará de

perder el control y se estrellará sin remedio, así que sale de su paso alejándose unos tres metros. El chico ve el espacio y desesperado acelera al máximo, logrando adelantarse un par de metros. Alex, repuesto de su maniobra y un poco asombrado por la poca consideración del chico que acaba de salvar de una muerte casi segura, acelera y se dirige con decisión hacia el portón de llegada. Unos pocos metros antes, ambos competidores aplican los frenos.

Las motos frenan bruscamente bamboleándose de un lado a otro en medio del chirriar de sus llantas, que dejan una estela de caucho quemado adherida al asfalto. Alex detiene su moto apenas a poco centímetros del portón. El otro competidor, no logra detenerse completamente y queda estrellado, hombre y maquina juntos, en el portón; resultando, insólitamente, para el jurado como ganador.

Después de unos minutos de bajar un poco la adrenalina y poner todo en orden y de ignorar las protestas de Alex, por considerar injusta la sentencia del jurado; pues el otro participante no quedó en pie; se resolvió honrar la apuesta realizada.

Claudette se colocó de nuevo en medio de todos y gritó:

-Un momento...hay que considerar la posibilidad de la penitencia...

Todos asintieron, aún más ebrios que al comienzo. Alex, molesto por haber caído en esta jugarreta que trataba de despojarlo de su motocicleta, exigió:

-¡Habla de una vez, mujer!

-¡Como pago alternativo de esta apuesta, se establece la penitencia de... acostarse con la estudiante mas fea de toda la Universidad!

Todos vitorearon y aplaudieron, mientras reían a carcajadas. Todos menos Alex.

* * * *

Desde primera hora de la mañana, estuvo Clara en la Sala de Estudios de la Osteoteca. Había estado absorta por horas, revisando minuciosamente las

muestras de huesos que conforman la colección y comparándolas con las detalladas descripciones de los libros que había traído prestados de la biblioteca. Era algo que solía hacer comúnmente las últimas semanas. Tan empecinado estudio había conseguido la burla de algunos de sus compañeros. Por el contrario, había ganado la admiración de profesores de anatomía y de los empleados responsables del mantenimiento y custodia de esta instalación.

Era para ella un sitio adecuado. Todo allí era estudio, lectura y silencio. Apenas de vez en cuando algunos de los asistentes sostenían alguna conversación, en voz muy baja, para no afectar la concentración de las otras personas que se encontrasen allí investigando.

Cuando culminaba el turno de la tarde, sólo un empleado se quedaba a cargo del sencillo edificio y se hacía responsable de dejar todo en orden, antes de cerrar a las diez.

Clara había traído su almuerzo en una vianda, que consumió después de las tres de la tarde en apenas unos pocos minutos de pausa. Tan grande como era su inseguridad, cuando se sentía expuesta a burlas y miradas en los pasillos, estacionamientos y espacios abiertos del campus, era de grande su serenidad y autoconfianza cuando se encontraba en los laboratorios y espacios reducidos, donde gobierna el estudio. Especialmente en esta Osteoteca. No sólo era su área de estudio predilecta. Era su refugio.

Hoy había quedado de guardia para el horario nocturno aquel joven empleado delgado y con aspecto de zancudo. Clara sabía que tendría libertades, pues el chico aprovechaba su presencia, para escaparse a deambular por el campus; incluso a veces fuera de este. Un poco después de las 8 pm, el chico se acercó muy serio a ella, y le preguntó:

-¿Hoy tienes mucho que estudiar?

-Así es, tengo bastante.

-¿Estas muy cansada o piensas quedarte hasta el final de la hora?

- Me gustaría quedarme hasta el final...pero si usted debe salir antes, lo comprendo...- dijo ella, facilitando el camino al hombre para la propuesta que sabía que estaba a punto de hacer.

-Bueno, realmente necesito hacer una diligencia- dijo, tomando una pausa- pero no quisiera dificultar tus estudios...

-¿Cómo podríamos hacer?

- Bueno, como eres alguien de confianza... podría dejarte sola unos momentos... mientras salgo y vuelvo..

-Yo no tendría problema..

El hombre sonrió, tomó un suéter y salió disparado. Clara sonrió divertida.

Pasó un rato más revisando las muestras y consultando libros que tenía sobre la mesa y decidió tomarse la ultima hora de la que disponía para conversar con sus nuevos amigos.

Salió de la sala al lobby de entrada de la Osteoteca y los consiguió a ambos, Ernesto y Lucía, cada uno al lado de la puerta. Les sonrió.

-Ernesto, ven conmigo- le dijo tomándolo de la mano y llevándolo a la sala de estudios; dejándolo al lado de la mesa llena de libros y muestras óseas, que ocupaba Clara desde la mañana.

-Espera aquí, por favor- le indicó.

Volvió al lobby y se dirigió a su amiga:

-Lucía, querida, ven con nosotros.

La tomó de la mano y la llevó suavemente, dejándola parada al lado de Ernesto.

Clara se sentó sobre la mesa frente a ellos y les dijo.

-Tenemos días que no conversamos...

Sonrió y comenzó a comentarles en una larga narración los temas que estaba estudiando, en cada una de las materias. Se emocionaba con lo que aprendía y conocía cada día, pero de pronto se ensombreció su rostro. Bajó la mirada, y les confesó:

-Tienen razón. A ustedes no puedo engañarlos. Por mucho que me atraiga el conocimiento que cada día es mayor... no logro visualizarme como médico.

Sin esperar respuesta, añadió.

-No me pregunten por qué entonces estudio Medicina ¡No podía hacer nada más...! Desde niña mi madre siempre me ha insistido que eso debo hacer.

Sintió que ambos le reprochaban en silencio:

Se rió espontáneamente.

-¡Qué tontos son! ¿¡Cómo creen que voy a ser cantante!? Eso no es una profesión...

Lo miró a él, luego a ella, y añadió con tristeza:

-Eso era sólo un sueño de niña...

La sala quedó un instante en silencio... Clara revisó la hora. Faltaban quince minutos para el cierre. El chico con aspecto de zancudo iba a llegar pronto.

-Está bueno de conversar por hoy, chicos- les dijo.

Los tomó de la mano, uno por uno, y los colocó de nuevo al lado de la puerta como estaban al principio. Unos minutos más tarde ya Clara había colocado todas las muestras óseas en su respectivo lugar y había recogido todos sus libros y cuadernos, cuando llegó apresurado el custodio.

-¿Está todo en orden?

-Todo en orden- respondió ella con tranquilidad.

El hombre entró apresuradamente a la sala de estudios que estaba en perfecto orden y revisó de un vistazo los dos esqueletos uno de hombre y uno de mujer que estaban perfectamente alineados a la puerta de entrada como él los había dejado. Cerró y se fue.

* * * *

Alex llegó al campus muy temprano, como suele hacer cuando hay algún tema en disputa, con la consciente decisión de estudiar el terreno con antelación y tratar de obtener alguna ventaja de aquello. Hoy era el día en que se debía escoger la chica de la penitencia; así que este era un caso bastante importante.

Estudia a cada uno de los grupos de estudiantes, dispersos entre los pasillos, estacionamientos y plazoletas; con especial atención en los más nuevos, que conoce menos, y dónde pudiera surgir alguna desagradable sorpresa.

Por supuesto, su atención está centrada en las chicas; pero contrario a su

hábito de concentrarse en las más atractivas y las más desinhibidas, ahora detalla los menos agraciadas, las de atuendos y modales más modestos; conservadores e inhibidos.

Buen rato más tarde, en el primer receso, con las áreas comunes y cafetines del campus atestados de bulliciosos estudiantes, aparecen sus rivales de apuesta. Alex siente que lleva ventaja, pues ya ha seleccionado varias opciones y se cree con la capacidad de convencer a esa dura audiencia de cumplir su penitencia con alguna de ellas, sin mayores sobresaltos y al menor costo posible.

Su principal carta es una chica muy delgada y sencilla, con un corte de cabello deslucido y cara pecosa. Apenas la mencionó, sus acreedores se mofaron notoriamente. Estaba claro que no aceptarían que se librara tan fácilmente de este compromiso.

Le dieron la oportunidad de que propusiera otra opción, pero debía responder al criterio de la más fea de la universidad. Escogió, entonces, a una joven bastante pasada de peso, con una pronunciada nariz que la hacía lucir como una bruja de cuentos de hadas. Algunos de sus rivales parecían convencidos...pero Claudette se colocó en el centro de ellos y proclamó:

-La estúpida arrogancia de nuestro amigo ha conocido la derrota... ¿vamos a dejar que se libere tan fácilmente del pago de su deuda?

-Oye amiga, no exageres- trató de defenderse Alex.

Ella lo interrumpió con brusquedad:

-Si quiere librarse fácilmente. ¡que entregue su motocicleta!

Un coro de gritos y aplausos la respaldó.

Alex entendió que se había dejado conducir a esta trampa tramada por el orgullo herido de Claudette. Debía bregar, pues no estaba dispuesto a entregar su moto.

-Bien, señora. Asuma su rol de verdugo y señale, usted misma, la penitencia.

-Con todo gusto, noble caballero- replicó burlona.

Se colocó en medio de todos, con su brazo estirado hacia arriba con el índice haciendo pequeños círculos, apuntando al cielo. Se mueve sutilmente como en un baile ritual, atrayendo las miradas de ellos y ellas hacia su esbelta y

cuidada figura. Se asegura de conseguir la atención de todo su grupo y de algunos otros más. Entonces se vuelve en actitud felina y mirando hacia un lejano rincón, pronunciando con tono de animador de circo:

-El reto es....

La chica rubia sacude su lacio cabello y señala con su dedo, ahora extendido completamente su brazo, a una desaliñada chica, con cabello desordenado; ataviada con un ropaje largo y oscuro, similar a una túnica árabe, con el que luce un algo gorda.

Hay un momento de expectativa. Alex asume una expresión de desagrado ante el aspecto de la chica señalada; a quien no parece conocer. La chica de la túnica, ajena a aquella penitencia en la que la estaban involucrando saca una bata blanca de laboratorio de su mochila. Se levanta y se la coloca, presta a ir a clases.

-Es de Medicina- dice uno de los asistentes al ritual de penitencia.

-¿Están locos? ¿¡Ella!? ¡No señor!- refuta Alex enérgicamente.

-Será ella- sentencia el jurado, entre risas burlonas

- ¡Será ella! Ratifica Claudette- ¡La Chica Calavera! -rematando-: - Tienes una semana o perderás la moto.

Alex se va furioso, no porque no se crea capaz de seducirla, sino porque su reputación se desvanecerá si se lía con una chica que, sin ser la más fea, es definitivamente la de peor fama en toda la Universidad. La “Chica Calavera”, lúgubre, triste, abstraída y huraña, es tomada mayoritariamente por demente; y Alex no era la excepción.

La rubia Claudette tenía plena certeza de la reacción que tendría Alex ante esta jugada. Disfruta colocándolo en esta encrucijada, pues él se desligó de la relación que ambos mantenían hace un tiempo y ella sigue resentida por aquello que considera un desprecio inaceptable.

* * * *

La potente motocicleta negra llega temprano en la mañana al campus

universitario. Su conductor viene trajeado con su cazadora de reluciente cuero, un vaquero oscuro y ajustado, y botas de un cuero tan negro como el de la chamarra.

Sus cabellos lucen despeinados por el batir de la brisa al manejar con la cabeza descubierta y su rostro, que hoy no muestra aún su primera sonrisa, está adornado por unos grandes y redondeados lentes de sol que ocultan su mirada, tras la pulida y plateada superficie que refleja todo cual espejo.

Estaciona su vehículo suavemente en una esquina, desde donde puede contemplar la entrada al campus, casi todo el estacionamiento y sus áreas adyacentes. Se aposta allí con la paciencia de una ave de rapiña que observa el suelo desde la altura de las ramas de un árbol, esperando que un movimiento de las hierbas o algún sonido entre la hojarasca delaten algún conejo, pequeño roedor o una lagartija, sobre quien ejercerá sus habilidades depredadoras para transformarlo en su alimento.

Nuestro depredador no cazaba por necesidad de alimentar su cuerpo, sino su ego; que estaba seriamente lesionado al caer en esta apuesta tan tramposa, que ni él mismo hubiese concebido. Alex no estaba nada a gusto con tener que seducir a la “Chica Calavera”, y aún no estaba seguro que haría llegado el momento, pero lo que tenía claro, por encima de todo, es que no se dejaría arrebatar su moto.

Unos quince minutos más tarde, cuando apenas habían llegado unos pocos estudiantes y docentes, hizo entrada al campus, y se detuvo en el centro del estacionamiento, el ómnibus del transporte universitario. Por el número de identificación del vehículo, tuvo la certeza que correspondía a la ruta que usaba habitualmente su “presa”.

Efectivamente, la chica bajo del autobús, con el aspecto nervioso y desaliñado que la caracterizaba. A todo lo que vestía parecía faltarle tela en unos lados y sobrarle en otros. Llevaba en cada hombro una desordenada mochila, que parecían pesar bastante.

“Son sacos con los huesos de los que se alimenta” decía la gente en tono de burla. Eran libros que solicitaba en préstamo en la biblioteca y leía cotidianamente con obsesiva dedicación. Su cabello, si acaso lo hubiese peinado esta mañana, no conservaba ningún orden y se disparaba en rulos y halos en todas direcciones. En conjunto parecía la personificación de una bruja de cuentos de hadas o de una psicópata de películas de terror.

* * * *

La chica baja del vehículo colectivo y se dirige con paso apresurado y sin levantar la mirada del suelo hacia la esquina opuesta del estacionamiento. Se sienta en un alejado banco que está a un lado del cafetín. Al llegar allí suspira, como si se hubiese librado de un gran riesgo. Extrae de su mochila algunas cosas y las coloca en el asiento a su lado.

Alex contempla todo a la distancia, discretamente, pero prestando atención a todos los detalles de la conducta de esta “presa”, tal como hace con cualquier otra chica. La muchacha observa varias veces a lado y lado y cuando se convence que nadie le presta atención se lleva a la boca algo envuelto en una rústica bolsa de papel.

Come algo de allí sin extraerlo. Cada dos o tres bocados se lleva a la boca un largo vaso de plástico del que bebe con el mismo gesto misterioso y avergonzado con que come de aquella bolsa de papel.

Alex decide pasar de la contemplación a la acción. Se coloca parado al lado de su motocicleta, Apoya una mano en ella. Sonríe y clava su mirada con persistencia, a través de los lentes de sol, en la cara de la “Chica Calavera”. Sabe que funcionará.

Un par de minutos más tarde su víctima, inquieta, no tiene más remedio que voltear instintivamente al sitio desde donde sienten que la miran. La chica levanta la mirada hacia Alex y la baja al suelo recurrentemente. Duda entre lo que percibe intuitivamente y lo que analiza racionalmente. Alex sabe que es su mejor oportunidad.

Se ha hecho un experto en este juego de manipulación de miradas y no será esta bruja la que se escape. Se yergue con arrogancia y se dirige, con paso resuelto y amplia sonrisa, hacia la muchacha que está sentada en el banco, a varias decenas de metros.

La muchacha lo observa intranquila y pudiera decirse que incrédula. Cuando Alex lleva una docena de pasos en su dirección, ella comienza apresuradamente a recoger todo lo que había colocado en el banco a su lado y

lo guarda cuidadosamente en sus mochilas.

La chica lo mira con expresión interesada, pero evidentemente no está cómoda. Endereza su espalda y adopta una postura rígida, fingiendo mirar distraídamente al horizonte. Alex, confiado en sí mismo, apresura su paso. La muchacha lo nota de inmediato.

Abre la boca molesta y sorprendida. Se levanta como impulsada por un resorte y sale a toda carrera hacia la entrada del campus donde va pesadamente saliendo uno de los ómnibus del transporte universitario. Lo aborda con esfuerzo por la puerta trasera, dejando a Alex, en medio del estacionamiento, sorprendido y confundido.

* * * *

Había vuelto caminando por casi una hora desde el sitio donde decidió, al fin.

Bajar del autobús. Había estado ausente a la primera hora de clases, y eso incrementaba su nerviosismo, pues consideraba una obligación asistir religiosamente a todas sus actividades académicas. En su memoria sólo estaban las ausencias a que se vio obligada por la fiebre del sarampión, hace varios años.

Ingresó al campus con el corazón latiendo fuertemente en su pecho, tanto por la acelerada caminata, como por la ansiedad que le producía la posibilidad de volver a conseguirse frente a frente a aquel chico de la moto. Observó por un minuto todo el estacionamiento y los pasillos que estaban al alcance de su vista. Comprobó que aquel hombre no estaba y caminó presurosamente hacia la Osteoteca.

En el camino, pudo ver a varios de los estudiantes que asistían junto con ella a ese curso de primera hora. Primero tropezó con una chica delgada y morena de largos y lacios cabellos negros que siempre parecía estar muy atenta. Luego observó en un banco al muchacho pequeño muy blanco y pecoso que siempre intervenía con aires de sabihondo, aun cuando no estuviera muy al tanto del tema tratado.

En un banco cercano, la pareja de enamorados que siempre se sentaban juntos

y parecían no advertir la presencia de otros seres vivos. Más allá otras personas. Al pasar al lado de cada uno de ellos estuvo tentada de acercarse a solicitarles los apuntes de la clase perdida; pero con ninguno de ellos se atrevió.

Con ninguno de ellos había cruzado palabras más allá de un saludo formal. Todos ellos se habían burlado más de una vez de su aspecto o de su presencia permanente en la Osteoteca, o al menos eso suponía Clara.

Entró apresuradamente al edificio académico y se detuvo recostando su espalda contra la puerta, como si estuviera evitando que algún perseguidor la alcanzara allí adentro. Se quedó un par de minutos mientras se aclamaba su agitada respiración. El encargado se acercó y la saludó con un gesto, preguntándole:

-¿Vas a estudiar un rato?

Clara asintió con la cabeza.

-Bueno, entonces voy a aprovechar para hacer unas diligencias. Vendré en un par de horas- le dijo guiñándole el ojo amistosamente.

Clara asintió de nuevo y el encargado salió presuroso.

Clara suspiró profundamente. Miró fijamente a sus amigos. Se acercó frente a frente a la cara del esqueleto masculino mirando directamente a la cuenca vacía de sus ojos y le dijo en tono severo:

-Hoy no hablaré contigo. No debes molestarte por eso. El tema que vamos a tratar es sólo entre chicas.

Se volvió al esqueleto femenino. Lo tomó de la mano y lo hizo rodar sobre las ruedas de su soporte hasta llevarlo, como solía hacer, a la Sala de Estudios. Esta vez no se sentó, pues estaba demasiado agitada. Se quedó frente a ella frotándose los dedos de una mano con los de la otra y mirando al suelo. Caminó en círculos a rededor de Lucía por un par de minutos, hasta que se decidió a hablar:

-Tengo que decírtelo; pero por favor no te burles de mí.

Así comenzó una larga y desordenada charla. Le narró lo acontecido temprano, cuando estaba sentada en un banco solitario a las afueras del cafetín desayunando un emparedado de jamón y queso y un vaso de leche que

traía todos los días y sintió que el chico la observaba desde lejos.

Le contó de las dudas sobre su percepción, y de la intranquilidad que le causó, en ese momento; pero que luego desechó esa idea, pues ya lleva varios meses aquí y ha logrado que la mayoría la ignoren. Pero este chico apuesto, alto, de cabello ensortijado, con lentes oscuros que ahora estaba apoyado en su motocicleta, la había cautivado desde el primer día.

Le contó de su sobresalto; de su admiración ante ese chico guapo que ella contemplaba en secreto cada vez que podía. Y de su desasosiego cuando comprendió que se dirigía hacia.

-Créeme: El chico de la moto se dirigía a hablar conmigo.

Se sentía confundida por la invasión de su espacio personal que había realizado Alex, desde varas decenas de metros de distancia... pero al mismo tiempo estaba emocionada por el simple hecho de que el chico más apuesto de la Universidad hubiese notado su existencia. Es la primera vez que un hombre le causa ese trastorno.

Culminó el cuento narrándole su apresurada huida en el ómnibus. Ante el silencio cómplice de Lucía se confesó a sí misma que estaba aterrorizada ante la posibilidad de volver a verlo y entraba en pánico, con sus manos temblorosas y sus labios pálidos, con tan sólo imaginar que él le dirigiera la palabra.

-Creo que me moriré si ese chico me habla, amiga- dijo; hizo una larga pausa en la que su tez se ruborizó, y continuó- pero de verdad espero que algún día lo haga...

* * * *

Alex está tendido en su cama fumando. El cenicero de vidrio, colocado en el suelo a su lado, delata que otros cigarrillos han precedido a este hace muy poco.

Sólo se ha quitado la cazadora y la franelilla blanca ajustada que usa debajo de está. No se ha quitado siquiera sus botas, que están descuidadamente ensuciando las sábanas. Su mirada se pierde persiguiendo las curvilíneas

columnas de humo que se disipan con la suave brisa antes de llegar al techo de la habitación.

La carrera perdida, la apuesta por su moto y la penitencia en canje absorben su mente. Concluye su meditación con un pensamiento: “La Chica Calavera me lo va a poner difícil... pero una mojegata no me va a hacer perder mi moto”.

Se sonríe en silencio, convencido que una chica tan poco agraciada debía sentirse halagada ante su seducción.

Recibe un mensaje en su teléfono. Apaga lo poco que resta de su cigarrillo en el cenicero. Se estira perezosamente hasta que alcanza su teléfono móvil. Es Claudette:

-“Tengo el poder de cambiar tu penitencia...”

Alex sospecha de una manipulación más de la bella, astuta y rencorosa chica. Duda por un momento, pero la curiosidad lo vence y responde:

-“¿Y cómo sería eso?”

-“En lugar de sacrificarte en la cama con la Chica Calavera... Ven a mí y a hazme sentir como antes”-le propone, sin mediaciones románticas.

-“Lo nuestro fue algo muy lindo...que quedó en el pasado”- replica, intentando ser amable.

-“Ya veo que no quieres entender que a una mujer como yo no se le puede dejar... ¡Púdrete con esa psicótica, que tiene sexo con las calaveras! ¡Tú también estarás en pocos días, sin motocicleta y perfumado a formaldehido!”

Alex dejó escapar una carcajada.

* * * *

Hoy es jueves. Por eso Clara se retira temprano a su casa, apenas al atardecer, para llegar a tiempo a cenar con su madre que este día de la semana siempre prepara panqueques. No es su comida favorita, pero es el único momento de la semana en que su mamá se muestra de buen humor, cocina con

tranquilidad, se sienta a comer en la mesa con su hija y, en ocasiones, hasta bromea.

Desde niña Clara ha llamado en secreto a esa inusualmente relajada conducta de su madre “la magia de los panqueques”. Cuando está a unas decenas de metros percibe que hay muy pocas luces encendidas en su casa y eso la inquieta. Algo así no ocurre un jueves. Se apresura un poco inquieta. Cuando entra a casa, no percibe ningún signo de actividad en la cocina.

Sube al cuarto de su madre preocupada que pueda estar enferma. Aún con la premura, no se atreve a entrar sin autorización y toca tres o cuatro veces hasta que recibe de respuesta un gemido molesto, que decide interpretar como una autorización para abrir la puerta.

Su madre está sentada en el suelo, en una actitud sumamente triste. Sobre la cama están extendidas varias piezas de ropa de caballero. Clara reconoce una camisa manga larga y una corbata, ambas propiedad de su padre, que usaba los domingos cuando, muy de vez en cuando, asistía a misa con ellos.

En el suelo estaban colocados cuidadosamente, varios retratos de su padre, de él con su madre y de los cuatro miembros que tenía aquella familia cuando estuvo unida. También había cartas, relicarios y otros objetos.

Su madre levantó su rostro, mostrando los ojos hinchados y un aspecto demacrado que Clara no veía hace mucho.

-Se fue hija, se fue- dijo entre sollozos, la señora.

Clara no se había movido del dintel de la puerta impactada ante tal escena; pero no pudo evitar hacer un gesto de extrañeza ante lo que consideró un lapsus de anacronismo de su madre, pues su padre se había ido de la casa hacía muchos años. La madre lo notó y, en seguida, aclaró en medio de lamentaciones aún mayores:

-Se fue ¿No entiendes? Ahora si se fue para siempre. Nunca volverá... ¡Murió! Tu padre murió...Se fue...se fue.

Clara sintió un fuerte golpe emocional. Confusión y tristeza se mezclaron. Había visto muy pocas veces a su padre desde que se fue aquel día de la casa, pero daba por sentado que viviría por mucho tiempo y que cada dos o tres años se aparecería para algún evento familiar, como había hecho cuando ella se graduó de Secundaria.

Ahora, sentía de verdad su pérdida. En medio de ese dolor estaba también confundida por la actitud de su madre. Desde bastante que su padre los abandonara, sólo había escuchado de los labios de su madre frases cargadas de odio y resentimiento contra él. De todos los males era culpabilizado. Primero por su presencia pecaminosa; luego por su abandono.

Clara jamás había mencionado a su padre en frente de su madre, para ahorrarse una larga sesión de quejas e imprecaciones contra él.

Ahora, con la noticia de su muerte, conseguir a su madre devastada, desmoronada moralmente por la tristeza y lamentando su pérdida le resultaba grotesco e incomprensible.

En medio de esos sentimientos encontrados, le advierte a su madre:

-Hay que llamar a mi hermano y avisarle.

-Ha sido él quien me ha avisado.

Esta frase de su madre aumentó su confusión, con un sentimiento de frustración, al enterarse que su hermano, que se había ido de la casa muy joven, en los hechos fugados de la autoridad de su madre, se había enterado primero que ellas de la muerte de su padre. Es decir, ellos tenían contacto. Eso acrecentó la duda que gravitaba sobre la conciencia de Clara desde el día que su padre las abandonó.

Asintió más que nunca que no significaba nada para él. Que su padre nunca la había querido. Sintió celos de su hermano; pensando que él sí puede tener contacto con su padre, que a él sí le había mostrado un mínimo de afecto. Y sintió rencor hacia su madre, sintiéndola, con más fuerza que nunca, como el gran obstáculo que se interponía entre ella y su padre.

La descorazonadora imagen de su madre transitando de la tristeza a la depresión, no la conmovió, sumida en estos sentimientos negativos, y absorta en oscuros pensamientos. Se dirigió a su cuarto, se dedicó a buscar y revisar toda la ropa de color negro que tenía alistándola para los sepelios y para el luto que debía guardar.

Luego, a la mañana siguiente, se enteró que la muerte de su padre había acontecido hacía algunos días y que ya los actos funerarios y el entierro habían ocurrido, cuando ellas recibieron la noticia. Aun así, decidió vestir de negro completamente por un mes; acentuando con su expresión y su

vestimenta, la ya acostumbrada imagen lúgubre y hostil, que le habían dado tan mala fama.

Con ánimo molesto, contrariada y ensimismada, salió en su atuendo negrísimo, el siguiente lunes rumbo a la Universidad. No sentía mayor motivación de asistir a clases, pero estar en su casa la enfurecía y terminaba deprimiéndola. Sale a la calle.

Va tan distraída que pierde el autobús que pase frente a sus ojos a una cuadra antes de ella llegar a la parada. En lugar de buscar alguno de los transportes de la ciudad, decide irse caminando. En un intento por deshacerse del tiempo libre, que parece en estas circunstancias estorbarle. Aunque trata de evitarlo las lágrimas surcan abundantemente sus mejillas. Llega con cierto retraso, pero ni siquiera intenta entrar a clases.

Nadie sabe que su padre ha muerto; pues a nadie ha llamado ni comentado nada. Nadie sabe por qué ha faltado el viernes y llegado tarde hoy. Ella está convencida que nadie notará su ausencia. Acaso algún desagradable bromista tenga que buscar otra persona de quién burlarse en estos días.

Se dirige a la Osteoteca. Entra y, sin revisar la ubicación de los empleados, toma las huesudas manos de los esqueletos que se encuentran escoltando la puerta desde el interior del edificio y, con algo de dificultad, los lleva al mismo tiempo a la Sala de Estudio. Los ubica, uno al lado del otro, frente a ella.

Trata de hablarles, de contarles a sus únicos amigos lo mal que se siente. Toda la tristeza, toda la confusión que la muerte de su padre ha traído a su alma...pero no consigue hablar. Solo abre la boca varias veces en silencio, para luego dejar caer la cabeza sobre sus brazos apoyados en la mesa y soltar un llanto desenfrenado.

Aunque no pudo decir nada; la sola presencia de esas dos tétricas figuras, de esas calaveras humanas preservadas para el estudio científico, le dieron la confianza de aquel par de amigos que ella imaginaba cotidianamente. En esa ficticia confianza se tomó la libertad, por primera vez, de llorar a su padre, de dejar salir su soledad, su miedo y su dolor.

* * * *

El reloj de pared tiene ambas agujas casi exactamente en el centro del número diez. Clara lo observa y comienza a recoger libros y cuadernos lápices y crayones, reglas y escuadras y los coloca todos ordenadamente en el morral que utiliza para transportarlos. Rápidamente toma los últimos huesos que estaba estudiando y los coloca en sus recipientes y en el estante correspondiente, junto con las fichas descriptivas que os acompañan.

Los pocos minutos que tardó en ello, la colocaron, como cada noche en la necesidad de salir caminando a prisa para alcanzar la última salida que tiene los autobuses que sirven de transporte a estudiantes empelados y profesores universitarios que utilizan comúnmente hasta estas altas horas los servicios de Biblioteca algunos laboratorios, y en el caso de Clara, la Osteoteca. La tímida muchacha espera hasta el último momento para montarse al transporte a fin de eludir la incomodidad de aquellos minutos frente a los otros usuarios.

Aunque era estudiante de primer año, su acuciosidad en el estudio de los huesos, su responsabilidad y cuidado con esos materiales le habían ganado la confianza de los responsables de esa unidad; así que, ya hacía un par de meses que la dejaban sola al final de la noche haciéndose ella responsable de cerrar el edificio. No era difícil, pues sólo debía asegurarse que las puertas de seguridad calzaran bien una vez ella hubiera salido.

Antes de salir, se acercó a los dos esqueletos completos que estaban en el centro de la sala de estudios y se despidió cariñosamente:

-Hasta mañana Lucía. Hasta mañana Ernesto. Hoy terminé mis asignaciones, así que mañana tenderemos tiempo de conversar un poco más.

Sale del edificio de un solo piso, asegura las puertas de seguridad y en el silencio de la noche escucha algunos pasos apresurados y el ronroneo del bus que está pronto a partir a menos de cien metros de ella. Cuando sale a la vereda, consigue la moto negra del chico aquel. Se sorprende, se asusta y se devuelve hacia la Osteoteca, que ya está cerrada.

Desde un recodo del edificio, se asoma a ver la moto. Detecta al chico bajo la densa sombra de un árbol, mirando su teléfono. Sale en silencio, tratando de que el muchacho no se dé cuenta de su presencia. El transporte está a punto de partir. Cuando lleva apenas unos diez pasos, él voltea sonriendo.... Su sonrisa la intimida. El camina hacia ella y la aborda, obstruyendo su camino

hacia el bus:

-¿Qué haces aquí a estas horas?

Ella se paraliza ante su presencia. El chico está a más de un metro de distancia, pero ella siente su espacio personal invadido. Respira profundamente para recuperar su aplomo, y le responde sin levantar la mirada del suelo:

-Estoy estudiando.

-Qué bien...pero ya es hora de irte, le responde mientras señala con su dedo el autobús que ya ha tomado su rumbo dejando una suave estela de humo gris a su paso.

Clara corre de manera desordenada hacia el autobús que ya cruza la esquina. Cuando alcanza la esquina el bus esta ya unos doscientos metros y no responde a sus gestos desesperados. Está a punto de estallar en llantos. Escucha el rugir recio de un motor. Se vuelve y ve la moto y su conductor deslizándose suavemente hacia ella.

-¿Te puedo ayudar...?

-¿Ayudar? ¿Cómo?

-Bueno. No puedo conseguirte otro bus...pero puedo llevarte a casa.

-¿Qué? ¿En esa moto?? No, gracias.

-¿Te irás a pie?

-Es preferible eso a montarme en un aparato de esos...

-Bien. Entonces te acompaño, pues no es muy prudente que camines sola a estas horas... ¿Dónde vives?

-No hace falta que me acompañes. Puedo ir sola. No es tan lejos.

-Nos vemos otro día- responde serenamente y empieza a mover lentamente su motocicleta. A los pocos metros ella reacciona atemorizada.

-Oye...

Él se detiene pero no voltea. Ella admira su complexión fuerte, destacada por su cazadora de cuero oscuro y brillante. Bajo la luz de la luna parece una estampa sagrada. “¿Será un ángel que vino a rescatarme?”

-Oye...-repite.

-¿Me hablabas?- responde sin mirarla.

-Si no estás muy apurado... ¿podrías acompañarme?

-Caminemos- le dijo estirando su mano, sin bajar de la motocicleta. Ella caminó a prisa hasta que lo alcanzó.

-Es bastante tarde. ¿De verdad quieres caminar o podemos ir un poco más rápido?-explicó amablemente, y concluyó:

-Te prometo que seré muy prudente...

Ella asintió en silencio.

La chica se encaramó en el vehículo de dos ruedas sentada de lado con sus piernas juntas. Rodaron unos cien metros y el motociclista se detuvo de nuevo.

-Si vas sentada así te vas a caer...-le reprochó sin mirarla.

La chica no emitió palabra. Se bajó, para de inmediato sentarse a horcajadas en la moto y abrazarse nerviosamente al fuerte tronco del chico. Conmocionada por abrazar a este extraño y avergonzada de la postura que le obligaba este transporte, viajó, al fin, a su casa.

Pronto el temor de viajar en motocicleta disminuyó. Se sintió protegida abrazada a aquel hombre, tanto como se sentía protegida al ver llegar a su padre a casa cada tarde; aunque sólo le dispensara una sonrisa y le sacudiera los cabellos toscamente como gesto de cariño. La moto se desplazaba por las calles a buena velocidad, pero sin sobresaltos.

La brisa soltó de improviso el cabello de la chica de su moño irregular. Ella estuvo tentada a recogerlo, pero no se atrevió a liberar sus manos del abrazo en que envolvía el torso del chico; en parte por su seguridad en el vehículo que abordaba por primera vez; en parte porque no sentía el menor deseo de romper el contacto con ese cuerpo, que la hacía sentir tan bien.

Su cabello liberado se batía como un banderín en la noche, y con cada suave bandazo que dibujaba en el aire parecía liberarse también las ataduras y tristezas que saturaban la vida de Clara. Los sentimientos de culpa, la frustración y la amargura que habían sacudido su alma ante la muerte de su padre y la inesperada reacción de su madre, perdían poco a poco el control de

su vida.

Aferrada aún al torso del hombre levantó la cara para sentir, para disfrutar del viento que se estrellaba amablemente contra su rostro y del suave halar de su cabello que ondeaba en la noche. Por primera vez en mucho tiempo, recorriendo la ciudad en la noche en una motocicleta, abrazada a ese apuesto hombre que la había tratado amablemente, se sentía libre, se sentía feliz.

* * * *

Esa mañana Clara sale de su casa muy temprano, como es su costumbre. Había tomado unos minutos para compartir un café en la cocina con su madre, como todos los días, pero esta vez la retórica quejumbrosa de la señora no logró ensombrecer la alegría que sentía esta mañana.

Cuando se despidió de ella, se dio cuenta que no le había prestado atención a ninguna de sus palabras y por un momento se detuvo bajo el dintel de la puerta, sintiéndose un poco culpable por eso.

Giró su vista de retorno a la cocina y pudo contemplar a su madre lavando la vajilla; murmurando frases, que resultaron incomprensibles a esa distancia, que reflejaban un evidente mal humor. Eso la alivió, pues correspondía a la conducta cotidiana de su madre. Ese día descubrió que la atención que ella brindaba a las palabras de su madre, cada mañana, no tenía la menor importancia.

Salió sin prisa. Llegó al final de su calle y dobló en la esquina para incorporarse a la avenida principal. Desde allí divisó a escasos cincuenta metros al ómnibus de la ruta universitaria, que se encontraba ya en su parada, con una fila de estudiantes esperando la apertura de las puertas para abordarlo.

Se sobresaltó al encontrar estacionada, entre su posición y el transporte, aquella hermosa motocicleta negra. Hizo rápidamente un giro de ciento ochenta grados y partió apresurada por la avenida, en dirección contraria al bus, mirando constantemente hacia atrás.

Unos diez pasos más adelante fue detenida bruscamente al tropezar con el

cuerpo de una persona. Unos brazos la atajaron con fuerza para evitar que cayera al suelo, mientras ella balbuceaba intentando pedir disculpas, sin poder quitar la mirada de la motocicleta, como si aquel vehículo aparcado pudiera hacerle daño.

-Disculpe, usted. Disculpe, usted- repitió, cuando logró articular palabra.

-No te preocupes- respondió Alex sonriendo, mientras aún la sostenía por los hombros para que recuperara su equilibrio. Clara lo miró a los ojos del hombre con estupor, con su rostro a escasos diez centímetros de las varoniles y sonrientes facciones. Las manos de él, tomaban, ahora suavemente, sus hombros. Ella se sentía incapaz de moverse. Cayeron de sus manos sus libros. Se agachó bruscamente a recogerlos, tomando al hombre desprevenido, tropezándolo de tal manera que casi lo hace caer.

Disculpe. Disculpe – se excusa, mientras él sonríe amablemente.

La chica, ruborizada se yergue, con todos sus libros en la mano y toma distancia del hombre.

-¿Hacia dónde vas con tanta prisa?- le pregunta Alex.

-A la Universidad- responde ella con cierta brusquedad.

Alex levanta suavemente su mano derecha y señala con su dedo índice algo a las espaldas de la chica. Ella voltea y contempla el ómnibus, alejándose por la avenida. Clara zapatea el suelo, en un gesto que parece la rabieta de una niña. Alex ríe y Clara se molesta:

-No sé qué le puede parecer gracioso. He perdido el transporte por su culpa.

Alex se acerca a ella y le habla con amabilidad:

-Tienes razón. Permíteme compensarte.

-¿...Compensarme...?

-Vamos. Yo te llevaré.

-¿Otra vez en esa moto? ¡No, señor!

-Vamos. Ya no le temes... Pronto iniciarán las clases de hoy...-le dice con genuina dulzura, tomando su mano.

El contacto entre sus manos venció toda resistencia de la joven; que sin decir más abordó, tras del chico, la motocicleta.

Transitaron las calles de la ciudad, ella aferrada a la espalda de Alex. Ya no temía el riesgo del vehículo; pero sentía que su madre podría verla en cualquier momento... y eso la aterraba. Tal cosa no ocurrió. Al cabo de unos minutos se relajó disfrutando la brisa fresca de la mañana retozando en su rostro y la emoción de la velocidad. Su cabello volvió a ondear cual banderín; esta vez liberado voluntariamente por su dueña.

Alex notó el gesto de la chica y entendió que ella, como él, vivía la libertad de desplazarse velozmente sin nada que se interpusiera entre su cuerpo y el viento. Alex le toma la mano y ella estrecha sus dedos con los de él. Cruzan sus miradas y una sonrisa compartida completa la complicidad que comparten sobre el vehículo de dos ruedas. La misma emoción, la misma libertad.

Se detienen un semáforo y al voltear el conductor se consigue con la mirada sonriente de la chica.

-Ya no estás tan asustada... al parecer- le dice guiñándole el ojo amablemente.

-Bueno aún lo estoy... un poco, al menos...-responde con timidez, pero sin poder dejar de sonreír.

-Me gustan mucho las motocicletas.

-Ahora a mí también me gustan- le interrumpe ella con espontaneidad. Se quedan mirando en silencio, sonrientes, comprendiendo que sienten lo mismo respecto a estos vehículos. Sin proponérselo ambos dicen al mismo tiempo:

-¡La libertad!

Se miran asombrados y ríen animosamente; hasta que son molestados por las bocinas impacientes de los vehículos que ya han visto el semáforo en verde y esperan detrás de ellos para avanzar.

En lugar de seguir hacia la Universidad giran con cierta brusquedad hacia la izquierda. Clara se intimida un poco y le dice con aire de autoridad:

-Hey...Un momento. ¿A dónde crees que vas?

-A darte la oportunidad de que pruebes esa libertad en tus propias manos- responde amablemente.

-¿A que te refieres?- pregunta ella más confiada.

-Ya verás. Espera unos minutos.

Poco tiempo después llegan al final de una amplia y solitaria avenida. Alex se detiene y le pide que baje de la moto. Ella le dice, mitad en broma y mitad preocupada:

-¿No pretenderás dejarme aquí?

-El ríe gustosamente.

-Para nada...

Se baja del vehículo y le indica que se monte, mientras le dice:

-Debes probar la libertad en tus propias manos.

-Nunca he manejado una de estas.

-Sube yo te enseñaré.

Clara dudó. Pensó en lo que diría su madre si se enterase...pero no pudo evitar subirse al puesto de conductor.

Por encima del temor a su madre estaba el recuerdo de las tardes en el campo en su infancia, cuando su padre le enseñaba a conducir aquel pequeño camión, que para ella era enorme. Se dijo que si pudo hacer eso siendo apenas una niña, y sin que su madre se enterara, no había razón para perder esta oportunidad.

Una vez los dos estuvieron a bordo se inició con paciencia una clase de conducción de motocicleta, entre risas y bromas; con un aprendizaje sorprendentemente acelerado, por parte de la aventajada discípula.

La pasión por los vehículos motorizados y la sensación de libertad con la brisa azotando suavemente el rostro, establecieron una conexión fuerte e inesperada entre esas dos almas.

Media hora después de culminar la emocionante y fructífera sesión de aprendizaje, Alex deja a Clara en la entrada de la Escuela de Medicina. Se despiden coquetamente, ante el asombro de todos.

Clara se va directo a su refugio. Al entrar a la Osteoteca, toma de la mano la calavera femenina y la lleva apresuradamente a la Sala de lectura. Se detiene de pronto y se devuelve frente a la calavera masculina que permanece en su sitio adyacente a la entrada de la Osteoteca. Lo mira severamente y le

explica:

-Ernesto. Esta vez te quedarás aquí. Tenemos una conversación que es sólo de chicas. Sé comprensivo.

Vuelve a lo suyo y ya con la calavera femenina en la Sala de Lectura, comprueba que no hay nadie más y se tapa con sus dos manos la cara ruborizada.

-Ay amiga. Sólo a ti puedo contarte esto. ¡Es increíble!

Describe con todo detalle lo acontecido desde el día anterior con el chico más guapo de toda la Universidad. Después de describirlo varias veces. Se queda de pronto en silencio y vuelve a tapar su rostro ruborizado con sus manos- le dice entre dientes:

-Ya debes haber³⁶ notado ...Si, es cierto.

Se para y mira a la cuenca de los ojos de la calavera como si realmente estuviera contemplando las pupilas de su amiga, y continúa:

-Yo sé que es sólo una ilusión de mi parte ... yo sé que es para mí inalcanzable...pero no puedo evitarlo, Lucia, No puedo remediarlo. Estoy enamorada de él, con locura y con emoción.

Se sienta de nuevo y deja correr dos gruesas lágrimas por sus mejillas

-¡Claro que nunca se lo diré! Eso seguramente lo alejaría de mí. Debo conformarme con su amistad... Es preferible a no tener nada.

* * * *

Mientras esta conversación transcurre en la Osteoteca, en los pasillos de Universidad transcurre otra, relacionada con el mismo tema. La llegada de los chicos entusiasmados en la motocicleta no pasó inadvertida. Inevitablemente se hacen objeto de cotilleos, de un grupo de chicos estafalariamente vestidos y de gestos exageradamente expresivos, que ocupan cotidianamente una mesa de la cafetería:

-¡Esto si es noticia!- exclama un joven delgado, con voz aflautada- ¡El chico

más guapo de la U, trayendo a clases en su moto a la Chica Calavera!

-¿Acaso no lo sabes? ¡Alex está con ella!- responde un chico obeso, cuya larga cabellera cubre el lado izquierdo de su rostro.

- No puede ser...,-replica otro chico, que usa el cabello teñido de dos colores, y que también forma parte del grupo de parlanchines

-Pues sí. Increíblemente, perdió una carrera de motos... y la apuesta era la propia moto- responde el flaco; que es interrumpido por el peliteño:

-Pero... ¿qué tiene que ver eso con la Chica Calavera?

-Acordaron una penitencia alternativa...-explica el obeso regodeándose de poseer mayor información- Si quiere conservar su moto deberá acostarse con la estudiante más fea de toda la Universidad.

Todos ríen burlonamente.

-¿Quien propuso eso?- pregunta otro de la audiencia, responde el flaco:

-Pues Claudette, que aún está bufando de rabia porque el bombón de Alex ya no quiere nada con ella.

-¿Cómo va a querer algo?- interviene otro participante- La culpa es de esa rubia estirada. El chico la descubrió en una aventura con el profesor de mecánica de fluidos ¡¡Que vagabunda!!

-Lo recuerdo. Revolcándose con ese viejo para pasar la materia que cursaba por tercera vez.

-¿Una penitencia con la chica calavera? ¡Qué extremo! No será la más fea; pero es la más tenebrosa de todas las chicas de aquí- comenta el flaco

-Ahora entiendo esa entrada triunfal de Alex y la Chica Calavera- proclama el peliteño con una gestualidad exagerada -¡La penitencia ya se cumplió! ¡Alex se acostó con los muertos!

Todos estallan en estridentes carcajadas

-¡Por Dios, Qué desperdicio!- exclama el chico obeso en voz más baja.

* * * *

Los labios de la chica pecosa están pálidos y temblorosos. Su cabeza se sacude en movimientos cortos y nerviosos que agitan sus rulos rojizos aumentando el dramatismo que expresa su rostro. Está de pie y rígida, con la mirada clavada en el suelo. Las otras chicas la rodean y caminan lentamente en torno suyo, mirándola de arriba a abajo en una actitud atemorizante. Una de ellas rompe el silencio:

-Bien, novata... entonces queremos saber si lo que te pide nuestra líder está al alcance de tus capacidades...No nos hagas perder más tiempo. ¡Responde!

-Si lo está, señora. Sí, señora.

La hermosa rubia que está a un par de metros del grupo se acerca, con su sinuoso y sensual caminar. Bailotea entre sus dedos un lápiz de grafito. Se acerca a la aterrorizada chica, poniendo la punta del lápiz bajo el mentón de ella para indicarle que levante el rostro.

La pelirroja lo hace pero no se atreve a mirar a los ojos a ninguna de las chicas. Claudette sostiene el lápiz amenazante frente al rostro de la temblorosa muchacha y le dice en voz suave pero imperativa:

-Tú, novata, has venido a nosotras a molestarnos con tus pretensiones de ser una de las nuestras. Tú nos has molestado ¿lo entiendes?

-Sí, señora.

-Así pues- continúa en el mismo tono -te debes atener a las consecuencias. Si cumples la misión que te hemos encomendado como prueba, serás aceptada como principiante entre nosotras...

Todas las chicas vitorean, hasta que Claudette, su líder, hace un gesto con la mano pidiendo silencio para continuar:

-Pero si fracasas, o te niegas a hacerlo; puedes estar segura que te haremos la vida tan miserable que rogarás para que te dejemos morir.

Todas las chicas vitorean nuevamente, mientras la novata, asiente nerviosamente con la cabeza.

* * * *

Clara está sentada en su banca solitaria a las afueras de la cafetería.

Ya ha terminado de desayunar y está recogiendo los envases en que trae su comida y procurando dejar todo perfectamente limpio; que no quede ni una miga de pan.

Se da cuenta que una persona viene desde la puerta de la cafetería, caminando en su dirección. Tal como suele hacer, se queda quieta sin moverse mirando hacia el suelo; a esperar que la persona pase a su lado sin siquiera mirarla. Si es posible, que no siquiera note su existencia. Al estar a pocos metros, sus pantalones y zapatos, y su forma de caminar le permiten deducir que es una chica.

Eso la alivia un poco pues se siente menos intimidada. Al pasar justo a su lado, escucha que la chica emite un gemido y mueve sus pies torpemente dejando caer café en la ropa de Clara y tropezándola, ensuciando con sus manos, también la ropa y el cabello. Clara está molesta y por su fuerza corporal sabe que podría alejarla violentamente e incluso derribarla, pero permanece en quietud. La chica le dice:

-Disculpa me tropecé- y se retira rápidamente.

Clara masculla en voz muy baja:

-Estúpida bromista.

Se ha dado cuenta que el tropiezo es absolutamente fingido. Se dispone a limpiar su ropa y cabellos del café con un paño que lleva en su bolso, sin mirar el camino tomado por la malintencionada, cuando percibe que hay algo más que café en su cabello. La cuestión es más que una desagradable broma. Una mezcla de goma de mascar y algo que parece parafina le ha sido adherida al cabello fijándose rápidamente.

Clara se levanta furiosa con el rostro enrojecido y las lágrimas a punto de brotar; mirando hacia todos lados en busca de la atacante y de cualquiera que la respaldase. Las personas más cercanas detectan el nivel de furia de la chica y se alejan, o cambian de posición en silencio.

Clara recoge su bolso y corre rabiosa por el estacionamiento, hacia afuera del campus.

* * * *

Clara venía a toda carrera hacia su casa, con su cara aún enrojecida de rabia y vergüenza, y sus ojos bañados en lágrimas. Unos cincuenta metros antes se detuvo. No podía presentarse así frente a su madre. Con su ropa enjugó rápidamente sus lágrimas y se dispuso a caminar con naturalidad. Entró a la casa y escuchó a su madre en la cocina. La saludó como hacia cotidianamente. Su madre respondió el saludo y le preguntó:

-¿Vas a cenar ahora?

-Ahora no. Debo estudiar algo urgente.

-Bien. Te dejaré la cena servida.

-Gracias. Yo cenaré cuando termine.

Mientras esta conversación entre las féminas transcurre, la hija sube sigilosamente las escaleras para evitar que su madre se asomara desde la cocina y viera su rostro aun enrojecido y su cabello hecho un desastre por el ataque sufrido.

Ya en su habitación, se despoja de casi toda la ropa; quedándose en ropa interior. Se sienta frente a su peinadora, contemplándose largo rato al espejo. Se sintió avergonzada de sí misma. Contemplaba una chica atemorizada ante el acoso sufrido. Revisó en detalle el estado de su cabello y se sintió tentada, en varias ocasiones, a raparse la cabeza.

Desde muy niña había aprendido a cortar su cabello ella misma. Eso le resultaba mejor que dejarlo hacer por su madre quien era muy poco hábil para esa tarea. Además no podía hacerlo en una peluquería, pues su madre cuestionaba severamente lo que ella consideraba un ambiente libertino e inmoral, sometido a la coquetería excesiva y la lujuria de mujeres de la mala vida y homosexuales depravados.

Tomó en sus manos las tijeras que guardaba en la gaveta, pensando por dónde empezar el sacrificio de su cabello.

Una idea iluminó su mente.

“Eso es lo que ellas quieren”

Sacudió con violencia las tijeras contra el suelo. La vergüenza y la humillación se trocaron bruscamente en rabia y rencor.

Se descubrió sintiendo que no quería seguir permitiendo más humillaciones. Todas esas petulantes chicas, no eran nada delante de ella cuando una exigencia académica se presentaba. Ninguna de ellas tenía la fuerza y habilidad físicas que ella había desarrollado en el trabajo de campo.

“No les daré el gusto de que sigan humillándome” – se dijo con firmeza.

Se sentó de nuevo frente al espejo. Esta vez miró a una chica audaz y decidida, que era capaz de resolver el más complejo de los problemas de bioquímica y de aprender en dos o tres días a conducir motocicleta.

Amoló cuidadosamente las tijeras y decidió que, tanto su cabello como ella, debían retar a las agresoras.

* * * *

Una moto ligera y plateada entra al campus cuando ya los primeros estudiantes empiezan a ocupar los espacios alegremente, un rato antes de la hora prevista para el comienzo de clases. Su conductor, ataviado de traje negro de cuero, la conduce con suavidad y da un giro en el centro del estacionamiento ronroneando el motor suavemente.

Frena y hace roncar ruidosamente el motor, al mismo tiempo que hace girar velozmente la rueda trasera, deslizándola contra el suelo, produciendo un fuerte chillido. Tan conmoviente espectáculo, logra su objetivo de captar la atención de todos los presentes. Cuando siente todas las miradas sobre sí, suelta el freno saliendo a toda velocidad seguido por un exclamación de admiración colectiva.

A los pocos metros, sin disminuir la velocidad, levanta la rueda delantera del vehículo, recorriendo los siguientes metros sobre la rueda de atrás simulando un caballo encabritado. La exclamación se transformó en un estallido de aplausos y vítores ante tan arriesgada y bien ejecutada acrobacia.

Deja caer suavemente la moto y disminuye la velocidad quedando un par de minutos dando pequeñas vueltas a baja velocidad, aumentando la expectativa de este público curioso.

Cuando percibe que están todos ansiosos y expectantes hace un gesto con su mano izquierda en alto. De nuevo hace rugir su motor y chillar su rueda trasera en el asfalto, antes de salir disparada hacia la multitud.

Unas decenas de metros antes de llegar a ellos, frena la moto y la deja levantarse, esta vez en la rueda delantera, manteniéndola en equilibrio ante el asombro de todos, que guardan un tenso silencio. Este silencio se rompió en una algarabía de silbidos, gritos y aplausos cuando la moto estuvo de nuevo rodando sobre sus dos ruedas.

Los vigilantes del portón olvidan su rol y se hacen parte emocionada del público presente, aplaudiendo las acrobacias.

-¿Quién es este acróbata? -pregunta un muchacho muy joven en voz alta, expresando las dudas que todos tienen en su mente.

-No es un estudiante de aquí...pues yo lo conocería- dice algo petulante un estudiante de último año.

-¡Qué tonto eres!- le responde burlona una chica- ¡No es uno...es una!

-¿A qué te refieres...?

-Creo que nunca has tenido una novia- continúa en su tono de sarcasmo -
¿Acaso crees que esas caderas pueden ser de hombre?

Todos a su alrededor ríen de las burlas que la chica le hace al arrogante joven; que ahora se acerca torpemente a la motocicleta, que ya está circulando por el estacionamiento principal, para notar que el cuerpo que la conduce es el de una fémina.

-Es una mujer.. ¿Pero quién?- balbucea desconcertado.

Todos ríen nuevamente:

-¿Acaso tampoco has visto los símbolos de su chamarra? ¡Es la Chica Calavera!

La acróbata conductora se encuentra rodeada de muchos admiradores, mientras desciende de su motocicleta estacionada. Se quita su casco y agita alegremente su cabello, que muestra un nuevo corte, que la hace lucir fresca y

juvenil y resalta su rostro que está iluminado por una amplia sonrisa que ninguno de ellos había visto. Es la misma chica sin duda, pero al mismo tiempo, por su actitud, es una chica nueva.

Hace bastante que sabe que usan para ella ese apelativo de “Chica Calavera”. Por mucho tiempo le molestó; luego decidió ignorarlo...ahora la muestra con orgullo y altivez.

Ahora la Sala de Estudios de la Osteoteca es un sitio de encuentro de un número importante de jóvenes. La mayoría, como es de suponer, son estudiantes de Medicina; pero también hay jóvenes que estudian otras carreras.

Todos se encuentran aquí para estudiar, en un ambiente afable. Son todos los chicos y chicas que se sentían discriminados y relegados, pues no encajaban en el patrón de conducta, fisonomía y atuendo que imponían, hasta hace poco, los chicos más extrovertidos y de mejor posición económica.

La rebelión de la “Chica Calavera” los había impactado a todos. Este era ahora un refugio colectivo. Incluso se ha creado una especie de ritual. Todo el que entra a la Osteoteca saluda fraternal y respetuosamente al par de calaveras que se encuentran apenas franquear la entrada. Lo hacen llamándolas por sus nombres, los que les dio clara: Lucía y Ernesto.

Esa mañana, Clara entra en la Sala y es saludada amablemente por todos. Existe sin duda admiración de todos los presentes por ella. Pero Clara, que en los primeros días se dejó llevar un poco por la arrogancia, ha venido apagando esas emociones negativas y se ha refugiado más en las emociones positivas y en la seguridad en sí misma que ha descubierto...gracias a Alex.

Aunque su ropa es ruda y llamativa y su maquillaje es algo agresivo - rechazados y criticados ambos severamente por su madre- sigue siendo una estudiante aplicada y solidaria con sus compañeros, ahora con una asertividad y un carisma que eran para ella misma desconocidos.

Así pues, disfruta de este ambiente de estudios confortable; en el que, además, no tiene por qué disimular sus conversaciones con las osamentas que anteriormente le ganaron tantas burlas y descalificaciones. Al contrario, todos le dan espacio y privacidad cuando Clara decide conversar con quienes aún son sus dos mejores amigos.

Cuando tiene más de dos horas estudiando en silencio, entra Alex a la

Osteoteca y se sienta a su lado en silencio. Ella levanta la mirada y consigue frente a sí su tierna mirada y franca sonrisa. Le responde con una sonrisa espontánea.

-¿Te gustan las fresas?- pregunta el joven

-Pues, si...

-¿Tienes mucho que estudiar o te puedo invitar a comer unas fresas...?- le propone

Ella duda un instante, pero decide aceptar. Recoge todos sus libros y salen del área de estudios. Cuando llegan al estacionamiento principal. Él le sugiere:

-Vayamos en una sola motocicleta.

Clara acepta asintiendo con la cabeza. Ambos se montan en la potente motocicleta negra a bordo de la cual salen del campus.

De nuevo la chica se siente comfortable abrazada al torso fuerte del muchacho. Nuevamente él estrecha una de sus manos con las de ella.

* * * *

Clara se muestra esta vez confiada. El vehículo de dos ruedas se desplaza a toda velocidad y abandona las calles de la ciudad. A pesar de la ruta inesperada, Clara no teme. Siente que con Alex todo va a estar siempre bien. Le pregunta:

-¿A dónde me llevas?

-A comer fresas, como te dije.

-Claro...pero.. ¿Dónde están esas fresas?

Es una sorpresa. Confía en mí- le dice con ternura.

Ella lo abraza con fuerza en señal de aceptación y el chico acaricia sus manos. Continúan, sonriendo, su camino.

Casi una hora más tarde, después de haber recorrido por una hermosa campiña de montaña, llegan a un pequeño poblado rural. Son apenas unas

pocas cosas humildes que se esparcen entre cultivos de fresas moras y duraznos; anclados en un valle de montaña, entre laderas llenas de pequeños árboles y de cultivos de hortalizas. Es un sitio agradable y pintoresco. Alex detiene la moto y le pregunta:

-¿Qué te parece?

-Es hermoso. Nuca había venido...- hace una pausa y se ríe de pronto, para luego preguntar:

-¿Y mis fresas?

Ambos ríen ahora.

-Bien. Ya veo que tienes hambre... yo también. Ven

La toma de la mano y bajan por una suave ladera hasta una casa al lado de un riachuelo. Allí, los están esperando una señora y dos muchachas que los reciben haciendo señas para que se acerquen y entren a la vivienda.

Entran el humilde hogar, construido de piedras y troncos de madera. Una amplia y rustica mesa de madera está servida. Unos caldos y potajes caseros, unas piezas de pollo asado, acompañadas de pequeñas patatas... y una cesta de fresas moras y duraznos, son el festín que les espera.

Disfrutaron de un exquisito almuerzo, rematadas con las frutas frescas y con unos vinos artesanales realizados, por la propia familia, a partir de esas mismas frutas.

La atención amable de la familia que los recibió no obstaculizó una fluida y alegre conversación, llena de risas y bromas agradables.

Al final, salieron a caminar a la orilla del riachuelo. Fue allí donde un tropezar de sus manos se convirtió rápidamente en un estrechar de las mismas, que se hizo abrazo y que terminó fundiendo a los jóvenes cuerpos en un beso profundo tierno y apasionado.

Al poco rato. él se separó un poco de ella. Se acercó, pensativo, a la orilla del riachuelo y tomó del suelo unos pequeños guijarros que empezó a arrojar a la cristalina corriente de agua. Clara notó su preocupación. Se acercó a él y lo abrazó con fuerza por la espalda, susurrándole:

-Eres lo más bello que ha pasado en mi vida.

Alex se giró encontrándose sus ojos en una mirada y luego sus bocas en un

nuevo beso.

Tu también eres lo más hermoso que ha pasado en mi vida... Nunca pensé que algo tan hermoso pudiera ocurrir.

-Entonces ¿por qué noto que estás preocupado?

-No soy tan buena persona como crees. No soy tan buena persona como mereces

-Te conozco. Pero también sé que la perfección no existe. Tal como eres... eres ideal para mí- dice ella con una expresiva sonrisa de genuina felicidad.

-Sin embargo, debo advertirte. Debo confesarte algo que no sé si serás capaz de perdonarme.

-¿Te preocupa mi perdón- interrumpe ella

-Así es. Que no me perdones.. y que te pierda para siempre.

-He sufrido mucha soledad y humillaciones. Yo misma he sido cómplice de los maltratos hacia mí. Has sido tú quien me ha hecho creer en mi misma. Has cambiado mi vida. Cualquiera cosa mala que hayas hecho no borrará lo que has logrado, no borrará este amor.

Culminó ruborizada al escuchar de sus propios labios la inesperada declaración de amor.

-Yo también te amo. Es eso lo que me niego a perder.

-Basta- le dijo, como quien reprende a un niño- Deja de hablar y bésame más.

Sonrieron y de nuevo los besos, caricias y suspiros fueron la fusión de sus almas, sucediéndose sin prisa... hasta que la penumbra creciente los hizo caer en cuenta que estaba por terminar el día.

Entre abrazos y risas se fueron correteando hasta la casa, a despedirse de la familia que los atendió.

Mientras subían la ladera hacia la motocicleta, la señora de la casa les gritó:

-Vuelvan pronto...Ustedes son la pareja más feliz que ha venido.

Alex y Clara se detuvieron, se miraron a los ojos un poco asombrados y un poco entusiasmados con las palabras de la mujer. Se sonrieron y se despidieron agitando las manos.

Más tarde, cuando se separaron, una vez Alex dejó a Clara a pocos metros de su casa, ya caída la noche, sus corazones latían rebosantes de alegría.

* * * *

Clara desayuna en casa, Aunque no hay lujos, el dinero que dejó su padre alcanza para vivir sin estrecheces. Su madre nunca quiso aceptarlo por resentimiento con el esposo que la abandonó, pero cuando lo heredó Clara, la testaruda mujer calmó su molestia.

Su madre mira reprobatoriamente su atuendo de motera. Le pregunta por sus clases y ella se expresa alegremente dando un detallado reporte de todo lo que está aprendiendo, mientras disfruta su desayuno.

Culmina y lava la vajilla utilizada, mientras sigue comentando a su madre, quien le presta atención, pero solo responde con monosílabos. Aún es bastante temprano cuando Clara sale hacia la Universidad. Está de mejor humor que de costumbre.

-¿Te vas tan temprano, hija? Pregunta la madre algo extrañada.

Clara sonríe y agita la mano como respuesta.

Su madre, aunque le reprocha sin éxito sus nuevos hábitos; se reconforta un tanto, pues la chica sigue siendo una estudiante motivada, inteligente y aplicada.

Clara monta en su motocicleta, adquirida también con el dinero heredado de su padre. Cuando ruge el motor alejándose, su madre se aleja de la ventana y se persigna, algo nerviosa.

En lugar de ir directo a la universidad, se dedica a dar un largo paseo matinal. La velocidad, el control sobre la máquina, la sensación de devorarse la vía, metro a metro, la hacen sentir viva, segura de sí misma, autónoma y confiada.

Cada vez que recorre caminos en su moto se siente mejor y se siente más cercana y más enamorada de Alex. Gracias a sus atrevimientos, que en primera instancia la intimidaron, es que ella descubrió esta faceta de sí misma que mantenía oculta y reprimida.

A pocos minutos del inicio de clases, ingresó al campus y estacionó su moto en el puesto que acostumbraba. Se dirigió a su banca de siempre que ahora era para ella un sitio de relax y no de aislamiento.

Le extraña observar, sentadas en ella, a dos personas que no son de su círculo de amistades...todo lo contrario. Una es la chica pelirroja y pecosa que conoce desde la secundaria. Aunque aún le molesta su trepa para arruinar su cabello, ya la ha perdonado, pues el resultado fue el opuesto al que esperaban.

Decide no ceder sus espacios. Se acerca saludo cortésmente y se sienta a su lado.

Mientras revisa unos apuntes antes de entrar a clases, escucha sin proponérselo la conversación de la chica con su compañero; uno de los chicos de modales excesivamente refinados que frecuentan la cafetería. Aunque no dicen nombres, sabe que están hablando de Alex y de ella. Escucha a medias unos minutos sin prestarles demasiada atención hasta que unas frases interrumpen su lectura:

-Pues si- dice la chica- esta farsa no puede seguir durando mucho tiempo más...

-¡Claro que no...!- dice en tono afectado el chico- Ya el galán pagó su penitencia. Ya salvó su hermosa motocicleta negra, sacrificándose en la cama con ese espanto... en cualquier momento tiene que deshacerse de ese "cadáver".

Clara no puede evitar mirarlos intensamente. Ellos se levantan de inmediato y se alejan rápidamente dedicándole miradas y gestos burlones.

La chica queda impactada. Por su mente pasan un centenar de comentarios que ha escuchado antes sobre Alex, sus apuestas en carreras de motocicletas...

* * * *

Se niega a creer lo que los malintencionados han dicho con la expresa intención de que ella lo escuche...hasta que una imagen entra en su mente.

La imagen de Alex en el riachuelo de montaña nervioso intentando confesarle algo que ella no podría perdonar.

Ahora toda la historia encaja. El rompecabezas mental se completa... y el corazón de Clara estalla en pedazos.

* * * *

“Esto no puede ser verdad” repite en su mente, cada vez más ansiosa.

Corre. Monta en su vehículo y parte sin rumbo definido. A pocas calles.

Observa la motocicleta de Alex que viene en sentido contrario, seguramente en dirección a la Universidad y hace señas con las luces de su faro frontal.

Ella se detiene a su lado.

-¿A dónde vas, amor? – dice dulcemente el hombre.

-Necesito que me respondas algo- responde ella agriamente.

-Hey ¿Estás molesta? ¿Qué te pasa?...Bien pregunta lo que quieras.

-¿Qué soy yo para ti?

-Una mujer maravillosa... que me ha enseñado muchas cosas de la vida y que me ha enseñado el verdadero amor- responde Alex con auténtico entusiasmo.

-¿Seguro que soy eso?... ¿O sólo una apuesta con tus amigos?

Alex balbucea empalideciendo.

Clara sale despedida a tal velocidad que mientras Alex reacciona, gira su moto e intenta ir tras ella, ya la ha perdido de vista.

* * * *

La llamativa motocicleta negra ingresa muy lentamente al campus universitario, cuando aún es muy temprano. Apenas media docena de

personas caminan, sin demasiada prisa, por los pasillos. Se detiene en una esquina del estacionamiento principal...

Su conductor está vestido de manera muy sencilla, con un vaquero desteñido y una franela blanca de mangas cortas. Su cabello despeinado y su rostro sin afeitar. Sombras oscuras bajo sus ojos completan el cuadro que muestra que el sueño no ha sido compañero frecuente en los últimos días.

De su atuendo tradicional solo quedan las botas negras de cuero. De la fortaleza de su carácter sólo queda una tensión en sus manos que siguen apretando el manubrio del vehículo, aún después de varios minutos de haberse estacionado.

Ve acercarse hacia él a una mujer de edad madura, vestida con traje gris muy largo y con una expresión de molestia bastante severa. Se acercó directamente a él, y le preguntó:

-¿Es Usted Alex Parra?

-Si, señora. ¿En qué pudo servirle?- respondió el joven con desgano

-¿Alex Parra el estudiante de Ingeniería?

-si señora. El único Alex Parra que existe en esta Universidad...¿Qué quiere?

-Quiero conocer al patán que destrozó la tranquilidad de mi hija- dijo la mujer, con el ceño fruncido, los puños apretados y en un tono de voz que encerraba rabia y violencia.

Alex comprendió quién era. Toda la desmoralización y pereza se transformó en tensión y angustia:

-¿Cómo está ella? No me responde. No la he podido ver.

-¿Cómo está? ¿Cómo está? ¡Pues mal, muy mal!- le gritó la señora con la misma rabia pero con los ojos rebosantes de lágrimas. Alex se sobresaltó, pero la señora no detuvo su reclamo:

-Tú la has dañado. Ella era una chica obediente y conforme. ¿Para qué la cambiaste? Para abandonarla y hacerla sufrir ¿Qué le has hecho a mi niña. patán? Eres como todos los hombres: ¡Un inmoral y un patán!

La madre de Clara habló sin interrupción por un buen rato. En un tono muy agresivo inicialmente, que fue trocándose en triste y preocupado, después. Le reprochó al muchacho de mil maneras que hubiera herido a su hija. Le

recriminó que la hubiera ilusionado para después decepcionarla.

Lo acusó y culpabilizó un centenar de veces. Alex soportó en silencio la arremetida verbal de la señora, que era apenas una añadido a la que él mismo se recriminaba. En la mirada de la madura mujer, aunque nunca antes se habían visto, comprendió que los unía la preocupación y el amor hacia Clara.

Detrás de la furia hay una madre sumergida en la angustia y la desesperanza. Alex abraza inesperadamente a la mujer. La madre de Clara rompe a llorar y el hombre joven llora con ella en silencio, consolándola y consolándose a sí mismo.

* * * *

Permaneció en esa ubicación, después que la señora se hubo retirado por dos o tres horas más, comprobando en silencio lo que su mente le había dicho desde hace varios días: Ella no vendría nunca más.

Tragó con mucho esfuerzo su propia saliva y suspiró hondamente.

“Si yo causé todo esto, seré yo quien lo solucione” se dijo.

Tomó las llaves de su vehículo y emprendió la marcha, a pie, hacia afuera del recinto universitario.

A las pocas cuerdas, detuvo con una seña de su mano un ómnibus y lo abordó de prisa. Mientras se desplazaba pesadamente el vehículo por las calles de la ciudad su depresión se iba transformando en ansiedad.

Imaginaba mil formas, cada una más negativa que la anterior, en que Clara lo rechazaría. Sabía que la necesitaba como nunca a nadie. Sentía lo doloroso que era el imaginarse la vida sin ella. Sabía que debía buscarla...pero no tiene idea de que debía hacer al encontrarla.

Se bajó del ómnibus a unas calles de la casa de Clara. Lo hizo impulsivamente ante el temor del encuentro, pero una vez estuvo en la calzada se dio cuenta que no podía anticipar ni prepararse para nada. Solo lo carcomía la necesidad de verla, de estar frente a ella.

* * * *

Llegó a la puerta de la casa de la chica casi a la carrera, con el corazón latiendo aceleradamente y con la respiración jadeante, más de la ansiedad que del esfuerzo físico.

Aun dudaba cómo tocar la puerta, cuando esta se abrió de la mano de la madre de Clara. La mujer lo miró agresivamente. Alex sonrió tristemente, como única respuesta.

-¿Que quieres?- preguntó en tono muy agrio.

-La quiero a ella. No puedo permitir que siga así.

-¡Es tu culpa!- le reclama al joven.

-Lo sé, por eso estoy aquí- responde él, visiblemente afectado.

La franqueza y seriedad del joven la conmueven, aunque se esfuerza por no demostrarlo.

Después de algunos instantes, en los que se evidencia que el chico no tiene intenciones de retirarse, la señora lo deja pasar. Señalándole la escalera, le dice:

-La segunda puerta... pero no creo que te vaya a atender. No le responde a nadie hace días...

Él sube y se recuesta en la pared al lado de la puerta. Toca muy suavemente.

-Clara. Estoy aquí.

-Vete- responde con sequedad.

-No lo haré. Vine a remediar todo el mal que te he hecho.

-Vete. No hay nada que remediar- responde con amargura.

Ambos se quedan en silencio. Alex se sienta en el suelo y recuesta suavemente su espalda de la puerta.

-¿Por qué aún no te has ido? ¡Vete!

-No me iré.

-No saldré. Vete.

-No tengo nada que hacer sin ti- dice con convicción -Si aquí te quedarás por siempre; aquí estaré yo.

De nuevo el silencio ocupa todo el lugar. Ella, sin saber que él lo ha hecho, se recuesta también suavemente contra la puerta. Ambos espalda contra espalda. Unidos y a la vez separados por la puerta, lloran en silencio su tristeza. Las horas trascurren con lentitud.

La tristeza de uno y de otra parecen atravesar los poros de la puerta de madera, establecen una comunicación mágica espiritual, que camina sobre el silencio y se identifica en los sentimientos.

Como ayer el estar a bordo de la misma motocicleta los hizo descubrir una sintonía inesperada entre sus almas; ahora el objeto inanimado de la puerta parece ser el puente, el lazo que los vuelve a conectar.

A través de este lazo de tristezas entrecruzadas, y por encima de los terribles sentimientos de culpa y decepción, se acercan, de nuevo, sus corazones, sus almas. Contra la corriente de la desilusión, comienza a fluir el amor que sienten... el amor que los une.

Ya ha caído la noche hace un rato cuando Clara decide abrir la puerta; asumiendo que de alguna manera, sin que ella lo escuchase, Alex se ha retirado al fin. No es así. Alex está allí sentado, sumido en su culpabilidad y su tristeza. Sus miradas se cruzan.

La del joven mezcla de anhelo y desesperanza, la de la chica, decepción y frustración. No hay palabras, sólo una intensa energía expresada en esas miradas sostenidas. Dicen que los ojos son las ventanas del alma y estas ventanas comenzaron a abrirse. De la tristeza y decepción, surgieron las lágrimas que se desbordaron en silencio en esos cuatro ojos.

Alex no atina a levantarse. Abre la boca y después de unos instantes, cuando sus ojos ya derraman lágrimas a borbotones, le susurra:

-¡Perdóname!

Ella llora ahora copiosamente.

El joven se levanta estremecido por el sollozo de la chica. Se miran de nuevo

a los ojos. Ahora pocos centímetros separan sus rostros ruborizados. La magia del amor hace el resto, entrelazando sus cuerpos y sus almas en un abrazo y un beso tiernos y estremecedores.

Mirando la escena discretamente desde el piso inferior, la madre de Clara llora en silencio, al mismo tiempo que sonríe.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) enlace o foto de la review, y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Esclava Marcada – Alba Duro

Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y
Mafioso

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está

algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo

su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de

narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.